
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
MORTUARY SHOW
SILVER KANE

«El viento y la lluvia barrían las lápidas del cementerio de Dublín, en Irlanda del Sur, haciendo que los nombres grabados en ellas pudieran leerse con claridad a la luz de los relámpagos. Las cruces brotaban de pronto de la oscuridad, como si surgieran del fondo de la tierra, mientras el cementerio era alumbrado por la luz vivida de un rayo. Luego todo volvía a quedar hundido en las tinieblas, en el olvido, en tanto el aire era roto por el sonido horrísono del trueno.

Figuras majestuosas de hombres y mujeres, esculpidas en piedra, parecían cobrar de pronto nueva vida bajo aquella relampagueante luz. Los que ya estaban muertos desde quizá dos siglos antes resucitaban por unos segundos, hasta que se extinguía la claridad del rayo. Todo el cementerio parecía sacudido por una extraña maldición, por un ritmo del Más Allá».



Silver Kane

Mortuary Show

Bolsilibros: Selección Terror - 153

ePub r1.0
xico_weno 03.09.16

Título original: *Mortuary Show*
Silver Kane, 1976
Ilustraciones: Jorge Núñez

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

EL CASO DE LA NOVIA DECAPITADA

El viento y la lluvia barrían las lápidas del cementerio de Dublín, en Irlanda del Sur, haciendo que los nombres grabados en ellas pudieran leerse con claridad a la luz de los relámpagos. Las cruces brotaban de pronto de la oscuridad, como si surgieran del fondo de la tierra, mientras el cementerio era alumbrado por la luz vivida de un rayo. Luego todo volvía a quedar hundido en las tinieblas, en el olvido, en tanto el aire era roto por el sonido horrísono del trueno.

Figuras majestuosas de hombres y mujeres, esculpidas en piedra, parecían cobrar de pronto nueva vida bajo aquella relampagueante luz. Los que ya estaban muertos desde quizá dos siglos antes resucitaban por unos segundos, hasta que se extinguía la claridad del rayo. Todo el cementerio parecía sacudido por una extraña maldición, por un ritmo del Más Allá.

Simmons, el guardián, dijo, mientras se tapaba bien con la capucha:

—Es terrible, ¿eh? Esto ya hace dos días que dura.

Se refería a la tormenta que llegaba del Mar del Norte y que día y noche sacudía el cementerio, impidiendo incluso las tareas más elementales de enterrar a los muertos. Las cortinas de lluvia formaban una enorme masa líquida bajo la cual nadie podía permanecer ni unos minutos sin quedar empapado hasta los huesos. Permanecer entre las tumbas resultaba además peligrosísimo, porque los copudos árboles atraían los rayos. Pero no era eso lo peor, sino aquella sensación de pesadilla que lo llenaba todo, que lo cambiaba todo, como si los muertos hubieran vuelto a vivir otra vez.

—Sí —dijo Monty en voz alta, para dominar el sonido horrísono

de un trueno—. La verdad es que nunca había visto una cosa igual.

Y siguió al guardián mientras éste empujaba la puerta de la humilde casa. El último rayo iluminó de tal modo la estatua de un muerto que estaba a pocos pasos que aquella masa de piedra pareció cobrar vida y avanzar hacia ellos. Monty, pese a las cosas que había visto en este mundo, no pudo evitar un estremecimiento.

Pero, una vez dentro de la casa, suspiró con alivio.

Allí todo cambiaba. La vivienda era humilde, pero estaba construida en piedra y los ruidos de la tormenta apenas atravesaban las gruesas paredes. Al entrar en ella se sentía de inmediato esa satisfacción instintiva del hombre que siempre, desde la época de las cavernas, ha buscado refugio contra la furia de los elementos. Por contraste con lo que ocurría fuera, uno llegaba a sentirse feliz con sólo entrar allí. Además un alegre fuego de leños expandía por la estancia un agradable calorcillo.

Monty dijo riendo:

—¡Bendigo al primer hombre que inventó la primera hoguera!

Simmons lanzó una alegre carcajada mientras se acercaba al fuego.

—¡Ajajá…! Pues yo voy a bendecir a alguien más.

—¿A quién?

—Al primer hombre que inventó el primer *whisky*.

Y sacó de una alacena una vieja botella casi llena de un líquido ambarino. Era nada menso que un «Chivas» 12 años. Simmons la alzó sobre su cabeza y la miró al trasluz.

—¡Aquí tenemos algo digno de resucitar a un muerto! —gritó.

—Hombre, no diga eso…

—¿Le ha impresionado lo que acabo de contarle sobre las leyendas que rodean este cementerio?

—Todos los cementerios tienen, leyendas. No hay que hacer demasiado caso —contestó Monty mientras se quitaba el impermeable empapado.

Y apareció a la luz de la hoguera su poderoso tronco de luchador, enfundado en unos pantalones de lana gruesa y un jersey parecido a los que los boxeadores emplean para sus entrenos. A los veintisiete años, Monty estaba en su mejor forma y parecía arrancado de la estampa de un gimnasio.

Aceptó el *whisky* que Simmons le ofrecía y lo bebió de un trago.

Inmediatamente se sintió mejor.

La lluvia que golpeaba contra los cristales parecía hallarse ya muy lejos. Los truenos ya no impresionaban. Las figuras que parecían revivir desde sus tumbas de piedra ya no infundían el irreprimible pavor de unos minutos antes.

Se sentaron los dos al amor del fuego, y Monty dijo entonces, pensativamente:

—Gracias por tenerme aquí esta noche, Simmons. Me acaba de hacer un favor que nunca podré pagarle.

—Bah… Es una obligación que cumplo gustoso. Yo fui amigo de su padre.

—De todos modos no quiero comprometerle. Me iré mañana.

—¿Con esta tormenta? Los meteorólogos dicen que al menos va a durar dos días más.

Se sirvió otra ración de *whisky*. Un horrísono trueno les hizo levantarse casi de sus asientos a los dos. Luego Monty dijo:

—Precisamente un día de tormenta es el mejor para desaparecer. Puedes ir tapado hasta las cejas y además nadie se fija en nadie.

—¿De veras crees que es necesario? ¿Piensas que van a venir a perseguirte hasta aquí?

—No lo sé —dijo Monty reflexivamente—, pero todo es posible. Aunque Irlanda del Sur no es Irlanda del Norte, los odios llegan a todas partes. Y yo quizá cometí el error de ser demasiado sincero cuando escribí aquellos artículos.

—Hay veces en que no se puede acusar, muchacho.

—Pero me pareció que era mi obligación para contribuir un poco a la salvación de este desdichado país. Cuando empecé a trabajar como periodista, me juré a mí mismo que trataría de decir siempre la verdad, y en mis reportajes quise hacer sencillamente eso. Denunciar los excesos de unos protestantes que creen ser los dueños del país y los excesos de algunos católicos que creen que todo puede arreglarse a bombazo limpio. Bueno, eso de los bombazos lo creen unos y otros. El caso es que he tenido la desgracia de crearme enemigos en los dos bandos.

—Y vas huyendo de un lado a otro porque todos quieren matarte. Ya no les importa una víctima más en esta Irlanda que es como un país en guerra. Y es que no siempre se pueden decir las verdades, muchacho. En fin, si dentro de un par de días logras salir

del país estarás a salvo.

El joven cabeceó afirmativamente.

—Quieren silenciarme para siempre a fin de que no descubra los nombres de algunos desalmados que he conocido en uno y otro bando —dijo—, pero no lo conseguiré contando la verdad, y cuando lo haya hecho no me importará volver a Irlanda. Si ahora me escondo es porque no quiero que me liquiden antes de haber contado todo lo que sé. De todos modos este cementerio es impresionante. ¿Y es verdad eso que me ha contado del Rincón de las Novias?

—Claro que es verdad.

—¿Novias que murieron trágicamente la misma noche de su boda?

—Pues claro que es verdad. Y por eso han sido sepultadas juntas.

—Pero debe haber muy pocas. Ha de ser una tremenda casualidad que una muchacha muera trágicamente y además en su misma noche de bodas.

—Hum… No creas. A un cementerio, al fin y al cabo, van a parar todas las miserias del mundo y también todas las casualidades, muchacho. Hay mujeres que han sido víctimas de una infernal escena de celos recién casadas, otras que han caído en manos de sádicos, algunas que han muerto por casualidad… Si conocieras todas las historias, te estremecerías. ¡Ah! Hablando de casualidades.

—¿Qué pasa? —preguntó Monty con interés.

—Ésta es la noche del trece al catorce, ¿no?

—Justo, la noche del trece al catorce.

—Pues yo he elaborado una curiosa estadística en los años que llevo aquí —dijo Simmons—. Casi todos los casos de novias muertas trágicamente se han dado en la noche del trece al catorce. Será casualidad, pero a veces las estadísticas también demuestran algo, digo yo… Y algo me dice que esta noche tendremos muerte…

—¡Qué tontería, Simmons!

—No es una tontería. Noto un cosquilleo aquí… —Y se señaló el corazón—. Es como si una mano oculta me avisara. Es como si una voz interior me dijera lo que va a pasar.

—¿Es que cree usted en los presentimientos, Simmons?

—En los presentimientos quizá no, pero sí en el sexto sentido de las profesiones, que se adquiere al cabo de los años. Además aquí soy como un topo, como un animal, ¿sabes? Y los animales presienten las cosas. No me extrañaría que dentro de poco oyéramos un terrible grito y…

Se detuvo. Un terrible traqueteo hacía temblar la casa. Monty murmuró:

—Esto no puede ser un trueno…

—No. Es el expreso de Belfast que pasa cerca de aquí. Como lleva mucha velocidad en este tramo, lo hace temblar todo. ¿Pero qué te pasa?

—Nada… Habla usted como si acabara de recibir una llamada del Más Allá, Simmons. Hasta se le ha transfigurado el rostro. Pero comprendo que todo es producto de la tormenta y del hecho de que estemos en un cementerio. No se puede evitar.

De pronto sus cejas se arquearon. Todos sus músculos se pusieron en tensión. Porque acababa de oír un espantoso alarido, un grito de muerte que dominaba el fragor del trueno y atravesaba la noche.

Los dos hombres se pusieron en pie.

Simmons parecía aturdido. Cosa incomprensible en el guardián de un cementerio, farfulló:

—Tengo miedo…

—¿Miedo de qué?

—Sabía que iba a pasar.

Los dos corrieron hacia el exterior, sin ponerse los impermeables ni nada. Al tropezar con la cortina de agua fue como si se dieran una zambullida en una piscina, pero eso no les importó. Corrieron hacia la vía, que era donde acababa de sonar aquel grito lacerante.

Los rayos lo seguían alumbrando todo.

Su luz espectral era como un reflejo de los poderes del Más Allá.

Y entonces Monty lo vio.

Aquello rodaba del terraplén abajo.

Como una pelota de fútbol un poco desinflada.

Daba tumbos casi cómicos, hasta que quedó detenida junto a una mata de arbustos. Los dos hombres se detuvieron como si una mano sobrenatural les hubiese paralizado. Sus bocas se abrieron. Instantáneamente dejaron de sentir hasta el contacto del agua que

les empapaba.

Porque aquello que habían visto rodar era una cabeza de mujer.

Una cabeza con un tocado de novia.

Más allá estaba el cuerpo, junto a la vía.

Vestido de blanco.

Con el cuello roto. Guillotinado.

CAPÍTULO II

EL CASO DE LA NOVIA DEFENESTRADA

Sir Percy Nobel, el miembro más antiguo del club, encendió un cigarro que le servían desde una plantación especial de las Bermudas, y dijo con voz campanuda, mientras exhalaba unas volutas de humo:

—Ahora ya no quedan misterios. Ahora todo es prosaico, materialista, vil. El aire enigmático de Londres ha desaparecido, e incluso en muchos sitios ya no queda ni nuestra vieja niebla. ¿Y qué decir de nuestras añejas esquinas donde esperaban unas veces Sherlock Holmes y otras Jack el Destripador? ¡Bah! Ahora Londres, como todas las ciudades occidentales, no es más que un inmenso *parking*.

Aceptó la copa de «Napoleón» que el camarero le servía y contempló las ventanas de vidrios emplomados que daban a la elegante Pall Mall. Estaba lloviznando cada vez con más fuerza y las gotas repiqueteaban en los cristales. Acababa de oírse también un cercano trueno que había hecho vacilar las luces de las añejas lámparas, de las que se decía que habían sido elegidas por el primer duque de Wellington.

El hombre que estaba junto a él encendió un cigarrillo. Era un miembro invitado del club sin ser socio. Llamaba la atención por su sobria elegancia y por su joven y atlética figura. Todo lo que sabía de él *sir* Percy Nobel era que se trataba de un periodista yanqui, razón por la cual le trataba con una cierta negligente condescendencia.

—¿Por qué ha dicho que ahora ya no existen misterios, *sir*? —preguntó aquel joven, amablemente.

—Pues porque no existen. Por cierto, ¿cómo se llama usted? No

recuerdo que nos hayan presentado.

Claro que les habían presentado, pero el joven dijo con paciencia:

—Me llamo Daniels y trabajo en el *Baltimore Sun*.

—¿Qué hace en Londres?

—He pasado unas breves vacaciones aquí. Me marcho mañana.

En efecto, Monty, después de salir de Irlanda, había podido arreglar en Londres lo de su próximo viaje a los Estados Unidos. Por precaución, llevaba una documentación falsa. Sabía que los militantes luteranos y también los del IRA vigilarían los aeropuertos para poder acabar con él. Ninguno de los dos bandos le habría perdonado su respeto absoluto a la verdad.

—Ah, bueno… —Dijo *sir* Percy Nobel—. ¿Y usted qué opina? ¿Que los misterios existen?

—No sé qué decirle. Apenas conozco Londres.

—Pues yo le contaría muchas cosas… ¡ejem…! ¿Sabe que tenemos en este club una sección muy curiosa?

—¿Qué sección, *sir*?

—La llamamos la de las Novias Muertas.

Monty se estremeció. El cigarrillo que descansaba entre sus labios tembló perceptiblemente.

—¿Por qué, *sir*? —musitó.

—Hay gente del club, personas honorables y distinguidas, cuyas esposas han muerto el mismo día de la boda. Situaciones lamentables e insólitas… De todas esas mujeres tenemos una colección de retratos, aquí.

—¿Y… alguien puede verla?

—Con mi permiso, claro que sí.

—Perdone mi curiosidad periodística, *sir*, pero ¿podría echar un vistazo a esa extraña galería de mujeres muertas? Me parece algo tan interesante que dudo exista en ningún otro club.

La vanidad de *sir* Percy Nobel se sintió halagada. Aquél, al fin y al cabo, era su club, y le gustaba que tuviera cosas únicas en el mundo. Además la noche invitaba a hablar de misterios y de muertos. En contra de lo que él decía, el viejo Londres aún conservaba muchas esquinas siniestras y muchos rincones tenebrosos, especialmente en el distrito de Whitechapel. Además, la noche era una noche de todos los diablos, porque además de la

lluvia empezaba a soplar el viento.

Monty, en su falsa identidad del periodista yanqui Daniels, murmuró:

—Hace poco, en Irlanda, viví una situación semejante, pero era en un sitio muy distinto. En aquel momento estaba en un cementerio.

Sir Percy Nobel le miró con curiosidad.

—¿Y qué hacía usted en un cementerio, amigo, si puede saberse? ¿Perseguía a alguna muerta con un buen muslamen? ¡Jo, jo! ¡Sepa, mi joven amigo, que ni siquiera las muertas de ahora son como las de antes! ¡Ni hablar!

Y lanzó otra carcajada que los camareros se creyeron obligados a corear. Luego se puso en pie y acompañó al falso periodista yanqui a la escalera que llevaba al primer piso. Era una escalera muy lujosa, de peldaños de roble, que se decía había sido inaugurada por la reina madre, la reina Margarita, viuda de Jorge VI, en 1938.

En el piso superior estaba la biblioteca, y en un ángulo de la biblioteca se hallaba la extraña, la inquietante, la irrepetible sección de las Novias Muertas. Monty se dio cuenta de que se componía de siete retratos diversos y hechos en diferentes épocas, cada uno de los cuales representaba a una mujer vestida para la ceremonia de su boda. Los vestidos, por supuesto, eran de diferentes modas, y en cada cuadro había una fecha. Esas fechas iban desde 1820, en el cuadro más antiguo, hasta 1945, en el más moderno.

—Todas estas esposas de honorables miembros del club murieron en circunstancias dramáticas la misma noche de su boda —dijo *sir* Percy Nobel—. Unas se suicidaron por razones que aún se ignoran, otras sufrieron accidentes y hasta hubo una que quiso envenenar a su marido y se envenenó ella. Pero, en fin, son cosas pasadas.

—Lo lógico es que no se produzcan con más frecuencia —dijo Monty mientras contemplaban fascinado aquella colección de rostros que parecían mirarle desde el Más Allá—. Pero observo una cosa curiosa.

—¿Qué cosa?

—La primera muerte se produce en 1820, pero las otras seis en años que siempre terminan en cinco. Por ejemplo 1865, 1885, 1905, 1925, 1935 y 1945. Desde esa fecha hay un salto tremendo,

pero…

Sir Percy Nobel le miraba con curiosidad.

—¿Pero qué? —preguntó.

—Nada. Que estamos en 1975.

—La verdad, no entiendo qué quiere decir, joven amigo.

Monty depositó en un cenicero de cristal de Bohemia el cigarrillo que aún conservaba entre los dedos. Luego, musitó, con pesadumbre:

—Bah, no quiero decir nada… Es sólo una casualidad. No me haga caso.

—¿Insinúa que a este año toca una muerte misteriosa como esas otras?

—Me limito a señalar que estamos en un año que termina en cinco.

Y miró hacia una de las ventanas. ¿Qué fue lo que le atrajo de ella? ¿Fue la lluvia que golpeaba contra los cristales? ¿Fue el viento que la empujaba? ¿Fue aquel aullido que parecía llegar desde el fondo del Támesis y que era como el de una garganta humana?

Sir Percy musitó:

—Es el viento. A veces ruge como una bestia herida.

—Eso no es frecuente en Londres, ¿verdad?

—No, porque Londres es una ciudad de aire quieto y remansado, pero esta noche no sé lo que ocurre. Es como si se hubieran desatado los espíritus, ¿sabe…? ¡Qué tontería! A veces no sé lo que estoy diciendo. Los espíritus…

Y volvió la cabeza.

Bueno, en realidad los dos la habían vuelto a la vez.

Porque acababan de oír aquel gemido.

El gemido que se transformaba en un grito lacerante.

En un aullido de horror.

En un alarido… ¡DE INCONTENIBLE MIEDO!

Sir Percy Nobel susurró:

—¿Pero qué pasa?

El grito resonaba por encima de sus cabezas, atravesaba el aire, lo llenaba todo. El grito era como un aviso del Más Allá, como una mano negra y oprobiosa que los iba envolviendo. Los ojos obsesionados de los dos hombres siguieron clavados en aquella ventana.

Fue entonces cuando la vieron pasar.
La novia que caía del cielo.
La novia blanca.
La novia que aullaba su propio miedo y su propia muerte.
La que se estrelló contra la calle, en pleno centro de Pall Mall.

CAPÍTULO III

EL CASO DE LA NOVIA DESCUARTIZADA

También en las ventanas de Scotland Yard repiqueteaba la lluvia, pero allí parecía ser más mansa, más quieta, más tranquila. A lo lejos se oía el aullido de las sirenas de los coches policiales que entraban y salían. En el despacho del inspector jefe Tremols, sin embargo, todo era quietud, y a intervalos se captaba incluso el tic-tac del viejo reloj Victoriano que adornaba la monumental chimenea. Al hacerse más mansa y quieta la lluvia, desde el Támesis empezaba a ascender la niebla.

Tremols devolvió la documentación a Monty.

—Señor Richard Montgomery, al que sus amigos supongo que llaman Monty —susurró—, observo que entró usted en Gran Bretaña clandestinamente.

En efecto, en el pasaporte auténtico de Monty no había ningún control de entrada, pero él no podía decir que había entrado con un pasaporte falsificado. Aquí en la policía había tenido que dar su verdadero nombre y enseñar su verdadera documentación. Por lo de inmigración clandestina no iban a meterle en la cárcel, teniendo en cuenta que delinquía por primera vez.

—Lo siento —dijo—, fue un descuido al presentar mi pasaporte. No me lo sellaron.

—¿Pero entregó usted su hoja de control?

—Sí.

—Lo comprobaremos.

Tremols tomó una nota en su agenda, pero Monty tuvo la sensación de que ya no volvería a acordarse de aquello nunca más. Lo que le obsesionaba era algo mucho más importante que un

simple inmigrante ilegal que, además, no pensaba quedarse en el país. Aquel caso incomprensible de la novia muerta era lo que le preocupaba.

—Explíqueme lo que usted y *sir* Percy vieron —pidió.

Monty lo contó de nuevo, como ya había hecho ante el sargento que inició las investigaciones.

Tremols susurró:

—Hay un rascacielos, arriba, que domina el club, aunque está edificado detrás de éste. La mujer caía desde tan gran altura que su cuerpo dibujó una curva cada vez más abierta, separándose del rascacielos. Rozó casi la terraza del club y luego pasó por debajo de la ventana antes de estrellarse en el pavimento.

Monty se estremeció.

—Hace poco tiempo, en Irlanda, me encontré con un caso semejante —dijo.

—¿Dónde concretamente?

—En Dublín.

—¿Qué fue lo que ocurrió allí?

Monty lo narró todo con detalle: su visita al cementerio (aunque no dijo por qué estaba allí), la noche de lluvia, el grito tenebroso, el paso del tren, la cabeza deparada del tronco, el cuerpo sobre la vía…

Tremols cabeceó.

—Sí —dijo—, lo recuerdo, porque lo publicaron los periódicos. Fue un suicidio o quizá un rapto de locura. La pobre mujer, cuando huía, quiso pasar por la vía del tren y tuvo la desgracia de coincidir con el expreso de Belfast. Las ruedas la decapitaron.

—¿Huía? ¿Pero de qué? ¿O de quién?

—Ya se lo he dicho: un arrebato de locura.

—¿Y esto? ¿Qué es? ¿Qué ha sido lo de esta noche?

—Supongo que una desgracia. La muchacha que saltó al espacio no tenía ningún motivo para desear la muerte. Al contrario, era muy feliz. Se había casado verdaderamente enamorada de un hombre guapo, rico y muy distinguido.

—¿De quién está hablando?

—Del barón Kunder. Es una de las primeras figuras de nuestra buena sociedad y está muy bien considerado en todas partes. Guapo, joven, rico… Desde el punto de vista de una mujer, lo tiene

todo, y por eso es absurdo pensar que su esposa se haya suicidado o haya tenido miedo de algo. Por cierto, Kunder está verdaderamente deprimido. Han tenido que llevarle al hospital porque sufre un ataque de nervios.

—¿Y qué explicación da?

Tremols hizo un gesto de disgusto.

—Un accidente. Su novia se cayó por la ventana cuando quería admirar la magnífica vista que se divisa desde el rascacielos. Parece que el espectáculo de la tormenta, desde allí, era majestuoso. Pero entonces un rayo debió caer muy cerca, ella se asustó y…

Monty hizo un gesto de duda.

—No pudo ser un rayo —murmuró.

—¿Por qué?

—Yo lo hubiese oído.

—¿Quiere decir que hubo otra razón?

—Tuvo que haberla.

—Si la hay, Scotland Yard dará con ella —dijo Tremols, con voz irritada—, pero por el momento no existe motivo para desorbitar las cosas y para envolver en un asunto misterioso a un hombre de tan alta calidad como el barón Kunder. En Inglaterra, sépalo de una vez, su familia es una de las más antiguas y respetadas. ¡Ah…! Se me olvidaba una cosa que no le dará precisamente facilidades para meterse donde no le conviene.

E hizo sonar un timbre.

Un sargento de oficinas se presentó muy poco después.

—Extienda una orden de expulsión del país para este hombre —dijo Tremols señalando a Monty—. Es un inmigrante ilegal y debe ser puesto fuera de los límites de Gran Bretaña mañana mismo —luego miró a Monty—. Agradezca que utilice sólo esta medida contra usted.

—De todos modos iba a marcharme de Inglaterra —dijo Monty, con voz opaca.

—Mejor para usted.

—¿Por qué no evita, entonces, mi expulsión? ¿Por qué ha de quedar anotada esa vergüenza en el pasaporte?

Tremols dijo secamente:

—Váyase.

Monty volvió la espalda y se largó. Tenía que reconocer que

aquel policía no estaba cometiendo ninguna injusticia. Pero apretó los puños con rabia al pensar que aquel caso quedaría inconcluso para siempre.

Lo presentía.

Era como si una voz secreta se lo estuviera diciendo.

Como si una señal del Más Allá le indicara a él, sólo a él, que no había hecho más que empezar la extraña cadena de las novias muertas. De las novias bañadas en su propia sangre.

* * *

Los aullidos rasgaban la noche.

Una especie de melodía infernal, y sin embargo perfectamente lógica, surgía de entre los árboles y llegaba a veces a parecer una pesadilla. Las fosforescencias que se extendían más allá del Bosque de Bolonia indicaban la proximidad de la tormenta, pero aun así uno no podía explicarse aquello: la especie de concierto agorero, macabro, entonado por cien gargantas salvajes a la vez.

Monty detuvo el coche, un «Chevelle» de importación que le habían dejado para probar y miró al hombre que iba junto a él, el escritor Foulier. Escritor tronado donde los hubiera, Foulier conocía en cambio todos los rincones de París como ningún otro.

—¿Qué es eso? —preguntó Monty.

—En fin —dijo Foulier al cabo de unos instantes—, lo cierto es que la atmósfera se ha cargado de electricidad.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Las bestias lo notan más que los hombres.

—¿Qué bestias?

Foulier señaló por encima de los árboles, donde se extendía cada vez más aquella claridad siniestra.

—Ahí detrás hay un Zoo —dijo—. Todavía es pequeño, pero existe. Y algunas bestias, como las hienas y los coyotes, son muy sensibles a los cambios de la atmósfera, en especial cuando el aire se carga de electricidad estática. Son ellos los que empiezan siempre, pero luego los leones y los tigres se intranquilizan.

Monty chascó dos dedos.

—Vamos allá —dijo.

—¿Adónde?

—Me gustaría ver ese Zoo.

—No es hora, pero tengo un pase y además conozco al dueño —dijo Foulier—. De algo me han de servir mis buenas relaciones en los periódicos. Vamos allá si quieres, pero siempre corres el riesgo de que un león te coma el coche. Por cierto, ¿vas a comprarlo?

—No, pero mañana tengo que ir a una boda y no me queda más remedio que lucir un poco. Por eso he dicho que lo quiero probar durante un día.

—¡Qué cinismo! —dijo Foulier, aunque si él mismo no hacía aquello era porque no sabía conducir.

Y rodaron entre los árboles.

Los poderosos faros del «Chevelle», al penetrar en la noche, no desenterraban más que sombras, sombras, sombras…

—Ahí está.

Había una puerta, y en la puerta, o mejor dicho la cancela se encontraba un guardián privado. Hizo una seña para que se detuviesen al ser iluminado por los focos.

Foulier dijo con voz plañidera:

—Soy amigo del señor Trascot, el dueño. Dígale, por favor, que Foulier está aquí y que desea verle.

El guardián empleó un teléfono que estaba en una especie de garita, junto a la cancela. Debió obtener una respuesta afirmativa, porque al cabo de unos instantes dijo, mientras abría:

—Pueden ustedes pasar. Vayan siempre por este sendero enarenado hasta una casa que hay al fondo. Pero no se desvíen porque un poco más allá están los recintos de las fieras.

—Notan la tormenta, ¿eh?

—Sí. La tormenta aún está lejos, por encima de la zona de Suresnes, pero ellos ya la captan. A ver… Déjeme anotar la matrícula del coche.

—Éste no es un Zoo municipal, ¿verdad? —preguntó Monty.

—No, no… Éste es un Zoo privado, organizado por el señor Trascot. Suponemos que con los años será un gran negocio. Pasen.

La luz fosforescente de los relámpagos quedaba a su espalda, pero aun así iluminaba, a veces tétricamente, todo el recinto. Desde que había llegado a París procedente de Londres, doce días antes, era la primera vez que Montgomery, Monty para los amigos, se encontraba con una tormenta semejante. Si descargara la lluvia sería distinto, pero ahora toda la atmósfera se cargaba de

electricidad. Las bestias seguían rugiendo.

Foulier musitó:

—No me has dicho aún por qué te interesa esto. Y no sé qué demonios le voy a decir a mi amigo Trascot como pretexto para la visita.

—Pues le dices que pasabas por aquí y has querido saludarle.

—¿A estas horas? No me va a recibir nunca más. Pensará que quiero pedirle dinero. Por cierto, ¿cómo andas? ¿No te sobran mil francos?

Monty le pasó quinientos por debajo del volante. No estaba demasiado bien de fondos, pero siempre le quedaba algo para ayudar a un amigo. Apenas había cobrado nada por el libro que pensaba escribir, y en cuanto a su periódico, el Manchester News, había dejado de pasarle el sueldo desde que supo que, por causas aún desconocidas, había sido expulsado de Gran Bretaña.

Foulier guardó el billete e insistió:

—Pero dime: ¿por qué te interesa esto?

—Digamos que es un presentimiento.

—Oye, no me vengas con mandangas ahora. A ti las tormentas te importan un pepino. Tampoco veo que tengan ningún significado especial.

—Sí —dijo pensativamente Monty mientras conducía a peca velocidad—. Me he encontrado con docenas de tempestades y huracanes de agua y nunca ha pasado nada, pero en dos ocasiones sí que ha pasado. Una vez fue en un cementerio de Dublín y otra en un club aristocrático de Londres. Dos novias resultaron muertas en increíbles circunstancias: dos muchachas que acababan de casarse.

—Diablos… ¿Con quién? ¿Con el conde Drácula?

—No, no… Todo lo contrario. Con hombres jóvenes, atractivos y, sobre todo, ricos. La del cementerio de Dublín se acababa de convertir en la señora Morrison, y hay que aclarar que el tal Morrison tiene una cuenta bancaria muy suculenta y es una persona muy joven, agradable y bien considerada socialmente. La de Londres acababa de casarse con el barón Kunder, que es un aristócrata de primera línea. Por lo tanto, ninguna de las dos tenía motivos para maldecir su destino ni para desear la muerte. Pero sin embargo tuve la extraña sensación de que ambas se habían suicidado, y esa sensación nadie me la arrancará de la cabeza.

Foulier le miró con curiosidad.

No en vano Foulier era un escritor y sentía interés por todo, aunque los editores no sentían ningún interés por lo que él escribía. Eso hacía que siempre viviera a salto de mata y atizando sablazos aquí y allá.

—La idea que tú tienes es absurda —murmuró.

—Lo sé, pero quizá por eso no me deja vivir. Nada hay que sea tan inquietante como las cosas absurdas.

—¿Y por qué has pensado que ahora podría ocurrir algo semejante? ¿Qué te hace creer que esta noche de tormenta va a morir otra novia?

—Yo no creo nada —dijo Monty con voz tranquila—; lo único que deseo es conocer bien esto, ¿sabes? De pronto me he intranquilizado. De pronto he sentido como una voz que me gritaba desde algún sitio: «¡No pases de largo!».

—Apañados estaríamos si hiciéramos caso de las voces interiores —gruñó Foulier mientras palpaba el billete.

Las luces de los faros alumbraban ahora nítidamente el sendero y los recintos que había a ambos lados. Por lo que podía apreciarse, se trataba de un Zoo de gran ambición y que de momento costaría una fortuna. Los animales parecían estar en libertad, aunque concentrados en grandes fosos donde se reproducía más o menos exactamente su hábitat natural: los leones, los tigres, los osos, las hienas, los chacales se movían en un espacio y una vegetación que no les hacía añorar sus terrenos nativos. Aquel Zoo privado era de gran categoría, pero su dueño no empezaría a ganar dinero de verdad hasta dentro de cinco años al menos.

—Ha obtenido una subvención del Ayuntamiento —explicó Foulier—. Esto se considera una obra cultural, ¿comprendes? Mira por ejemplo el recinto de los tigres: da la sensación de que puedan saltar.

En efecto, en un foso plantado de bambúes y árboles bajos, se veía el brillo fosforescente de varios pares de ojos al acecho.

Foulier murmuró:

—La altura está muy bien calculada para que no puedan saltar, pero de todos modos a mí el sistema me parece peligroso. Supongo que a Trascot le harán instalar sistemas de seguridad antes de que esto se abra al público. Mira, allí está la casa.

Se trataba de un palacete blanco, alegre, con aspecto de construcción noble francesa del siglo XVIII. Monty fue a detener el coche, pero entonces vio cruzar por delante del parabrisas otra cosa blanca.

Fue todo muy rápido.

Apenas pudo darse cuenta. Sus manos se cerraron sobre el volante mientras le atizaba a fondo al freno.

Porque un poco más y atropella a la novia que pasaba de un lado a otro del sendero, bajo la luz espectral de los relámpagos. Una novia que corría alocadamente, lanzando gemidos de horror, una novia que iba en línea recta al… ¡al foso de los tigres!

Foulier tenía los ojos desencajados.

No podía creerlo, y además era incapaz de reaccionar.

Mientras tanto, Monty reaccionó. Sin tiempo para bajar del coche, intentó al menos frenar a la extraña aparición que tenía delante del parabrisas. Fue a cruzar el coche entre ella y el foso de los tigres, pues no había duda de que la muchacha —casi sin ver dónde iba— se dirigía en línea recta hacia allí.

La luz de los relámpagos lo iluminaba vívidamente todo.

Era una luz espectral, una luz de pesadilla que daba al ambiente una sensación de irrealidad. Como si las cosas que estaban sucediendo a pocos metros sucedieran en otro planeta.

Monty ya no llegó a tiempo con el «Chevelle», porque la novia acababa de pasar por delante. Caso de ir más veloz, la hubiera matado con el coche. Durante unos segundos trágicos la vio avanzar como una sonámbula, terminar de cruzar el sendero, dirigirse al foso…

Monty gritó con todas sus fuerzas:

—¡Deténgase!

Un trueno ahogó su voz. De pronto la chica desapareció. En el aire, que bruscamente se había hecho negro, quedó flotando una estela de su vestido blanco.

Monty abrió la portezuela y saltó a toda velocidad. Intentó sujetarla. Se lanzó hacia adelante como un loco… ¡mientras ella caía!

Su hermoso cuerpo vestido de blanco se hundió entre aquellos cañaverales que tan perfectamente imitaban las junglas de la India. Los rugidos de los tigres, excitados por los truenos y las luces

cambiantes, se centuplicaron hasta dar la sensación de una sinfonía alucinante y macabra.

Monty llegó al borde del foso.

Su cara estaba desencajada.

Fue a lanzarse.

Foulier lo evitó. Le había seguido y pudo sujetarle en el último instante. Mientras le aferraba con todas sus fuerzas gimió:

—Por Dios, no te muevas… Ya es tarde.

En efecto, ya era tarde.

Posiblemente los tigres no estuvieran hambrientos, pero estaban irritados y aquella silueta blanca cayendo entre ellos desató sus instintos salvajes. Los tigres, además, son fieras que raramente perdonan a una víctima.

Se abalanzaron todos a una contra la novia que había caído en aquella especie de jungla. Monty no pudo evitar un grito de horror.

Los faros del coche lo iluminaban todo.

Y los relámpagos.

Y hasta los propios ojos de los tigres que despedían rayos maléficos.

Una de las fieras saltó por la espalda sobre la muchacha y, en un zarpazo típico de los de su especie, le rasgó todo el cuello y se le llevó por delante media cara. Ésa suele ser la muerte trágica de los que caen bajo las zarpas de los tigres: su cara desaparece.

La sangre lo llenó todo.

El grito de Monty se repitió. Era un grito de rabia, de incomprensión, de angustia. Foulier también debía sentir lo mismo, pero era incapaz hasta de gritar.

El cuerpo de la muchacha desapareció materialmente. Fue descuartizada en unos segundos.

Instantes después todo había terminado. La tempestad que estaba cada vez más cerca, crepitando ya sobre los tejados de Suresnes, iluminaba la escena con sus luces vividas. Un resplandor intenso, pero despiadado como de sala de operaciones, se extendía por todo el inmenso recinto.

La novia había muerto despedazada. La tercera novia. La mujer que había de ser feliz. La hermosa figura blanca que se había convertido en una figura trágicamente roja.

CAPÍTULO IV

EL CASO DE LA NOVIA ATROPELLADA

El inspector Mattiez, uno de los jefes más astutos de la policía francesa, cargó su pipa y miró al vacío desde su viejo despacho de la prefectura. Los tejados grises se extendían a la luz del amanecer como en una pintura gótica, dulce, pero él sabía que aquello era falso Dentro de poco París se llenaría de gente, vibraría y sus calles empezarían a hervir como el líquido en una olla a presión y a punto de estallar. «Demasiada gente —pensaba Mattiez con frecuencia—. Hay ciudades que no se comprende cómo siguen admitiendo más habitantes y que han pasado ya a ser ciudades malditas: París, Barcelona, Calcuta…».

Pero se estaba bien en el despacho, a la hora del amanecer, cuando aún imperaba la calma. Mattiez miró a los dos hombres que tenía ante sí y echó por segunda vez un vistazo a sus documentos.

En cuanto a Foulier no había problema: lo conocía bien. Su firma aparecía con cierta frecuencia en revistas y periódicos, pese a lo cual era un muerto de hambre.

El otro era un periodista inglés, a lo que parecía, Pero su pasaporte indicaba que había sido expulsado de Gran Bretaña y que tenía un permiso de residencia limitado, en Francia. Se hizo traer las fichas por si había algo contra él, pero no había nada.

—Cuéntenme de nuevo lo que sucedió —dijo.

—Consta en los primeros informes —protestó Monty—. Lo hemos narrado ya dos veces.

—No importa. Repítanlo.

Y puso en marcha el magnetófono. La táctica era vieja, puesto que deseaba saber si, en un relato u otro, los testigos incurrían en alguna contradicción. Monty y Foulier narraron con voz apagada lo

que habían visto.

Al terminar, Monty susurró:

—Lo que no me explico es cómo esa muchacha pudo entrar en el Zoo que aún no está inaugurado y que tiene una verja.

—El señor Trascot nos lo ha explicado ya —dijo el policía—. Debió saltarla sin demasiados problemas, puesto que la verja aún es provisional. Todas las noches hay vigilancia, pero esta vez se había descuidado un poco a causa de la tormenta.

Y ofreció cigarrillos a los dos hombres con un gesto amable. Ambos rehusaron.

—No les molestaremos más que lo indispensable —dijo Mattiez —. Justo el tiempo de firmar el atestado con sus declaraciones. ¡Ah…! ¡Le advierto que su permiso de residencia en Francia es limitado, amigo!

—No piense que lo he olvidado —susurró Monty.

—Por mi parte quizá pueda renovárselo —dijo Mattiez, quien debía pensar que a aquel hombre más valía vigilarlo de cerca—. Por cierto, es la primera vez que ocurre una cosa así. En París pasa de todo, pero una cosa como ésta… ¡nunca!

Monty dijo con voz opaca:

—Sobre todo estando la chica casada con un hombre guapo, rico, joven…

Mattiez le miró con sorpresa.

—¿Cómo lo sabe? —murmuró.

—Supongamos que en otros países esto ha ocurrido otras veces.

—¿Qué está diciendo?

—Nada, nada…

—Por cierto… —Mattiez estaba repasando sus recuerdos y de pronto murmuró—: ¡Claro que sí! Una extraña muerte junto al cementerio de Dublín. Y otra extraña muerte en un club elegante de Londres. Lo leí en los periódicos. En ambos casos, muchachas que estaban en su noche de bodas… justamente como ésta. ¿Pero qué sentido tiene?

—La respuesta la pueden tener ustedes, no yo —murmuró el joven—, pero, de todos modos, dudo que la tengan algún día. Y ahora dígame, inspector: ¿con quién se había casado esa pobre muchacha que resultó despedazada?

—Con el industrial Javert.

—¿Un industrial?

—Sí, un hombre que tiene unas fábricas para elementos de automóviles: magnetos, dinamos y todo eso. Gana bastante dinero y está considerado como una persona excelente. He hecho urgentes averiguaciones sobre él, desde luego, pero todo acredita que se trata de un individuo intachable.

—¿Puedo ver su fotografía?

—¿Para qué la quiere?

—No sé… Quizá simple curiosidad.

Mattiez se encogió de hombros.

—Mire —dijo—, como no tiene ficha policial, hemos obtenido ésta, de la Oficina de Pasaportes. ¿Satisfecho?

En efecto, era un hombre joven, agradable, sano. El típico individuo que gusta a las mujeres y si encima tiene dinero, con mucha más razón. Pensar que una chica que había tenido la suerte de pescar aquel mirlo blanco se lanzara al foso de los tigres la noche de bodas, resultaba tan absurdo como pensar que un escritor o un poeta vayan a suicidarse muertos de asco porque les han dado el Premio Nobel.

—¿Quién era ella? —susurró Monty.

—Una chica de familia burguesa tirando a humilde. No tenía padres y vivía de una pequeña pensión. Su padre había sido empleado de la Banque de París, de modo que la chica pasaba sus apurillos. En realidad tenía motivos para pensar que había hecho una gran boda, de modo que la sola idea del suicidio ya me parece grotesca.

—También me lo parece a mí —dijo pensativamente Monty—. Y también era grotesca en los dos casos anteriores.

Y se puso en pie.

Mattiez dijo con voz ruda:

—¿Es que piensa que hubo suicidio?

—Lo que yo piense no tiene demasiada importancia, inspector.

—De acuerdo, pero me gustaría saberlo.

—Pienso que no hubo suicidio.

—¿Pues qué hubo?

Monty contestó con voz opaca:

—MIEDO.

—¿Qué está diciendo?

—Sí. Un miedo cerval, un miedo lacerante, uno de esos horrores que anulan tanto la voluntad que uno sólo piensa en huir, sin saber dónde mete los pies, sin pensar en nada ni calcular nada. Esas tres mujeres hubieran ido hasta el mismísimo infierno con tal de escapar de ALGO.

—¿ALGO…? —susurró Mattiez.

—Sí. Lo malo es que no sé de qué se trata, y posiblemente no lo sepa nunca.

Fue hacia la puerta. El inspector susurró:

—No piense en fantasmas. ¡Los fantasmas no existen!

—No, no existen —dijo pensativamente Monty.

Pero la novia blanca le había parecido un fantasma cuando se cruzó ante los faros del coche en medio de la tormenta.

* * *

El gran rótulo metálico con letras estampadas decía:

«USINES JAVERT. ELECTRICITE ET MAGNETISME».

Allí estaban, pues, las fábricas de aquel hombre dedicado a la industria auxiliar del automóvil. Monty, que había llegado en el Metro hasta las cercanías, entre otros centenares de personas, como un viajero anónimo más, avanzó entre las sombras y miró la larga fila de ventanas enrejadas que jalonaban la calle. Todo el local tenía un aspecto decimonónico, triste y hostil, creado según ese concepto de que el trabajo es una penitencia por la que todos hemos de pasar. La vista no abarcaba un solo detalle amable o que hiciera el trabajo más humano. Pero a Monty no le interesaba concretamente eso, sino algún sitio por el que colarse en el interior. Y lo encontró poco después, siempre y cuando pudiera utilizar una tubería de desagüe.

Se sujetó a ella y notó que resistía. Entre las sombras empezó a trepar con la agilidad de un simio. Poco más tarde llegaba, ya a la altura del segundo piso, a una ventana que no tenía rejas.

Sujetándose precariamente, pudo forzarla.

Sabía que se arriesgaba mucho, pues habían pasado sólo veinticuatro horas de la muerte de la novia y la policía podía estar vigilando los locales. También era más que posible que en ellos

hubiera un servicio de guardia, en cuyo caso podía verse en un apuro, puesto que no era más que un extranjero con permiso temporal de residencia en Francia.

Penetró en el interior y vio que se hallaba en un recinto destinado a oficinas. Valiéndose de una linterna empezó a husmear por los cajones.

Aquélla era una sección contable donde se guardaban los datos normales de la industria. Por lo que pudo ver en los libros de contabilidad, ésta arrojaba buenos beneficios. Pero como eso no interesaba a Monty, el joven salió al pasillo en busca de nuevos horizontes. No tardó en encontrar la puerta que correspondía al despacho de Dirección, y pensó que allí podía dar con cosas mucho más interesantes.

Su linterna le mostró un despacho lujoso, aunque algo anticuado, como todo en la fábrica. Era de estilo Imperio. Tras la mesa había dos presuntuosos retratos: uno de la industria y otro de Javert con la cara exacta que tenía en la foto del pasaporte.

Monty forzó un cajón.

Había allí una serie de facturas, de transferencias bancarias, de documentos que indicaban una sola cosa: Javert había tenido buenos negocios en Rhodesia y África del Sur.

Pero eso tampoco parecía importante.

Monty buscaba algo más, aunque no sabía qué. Algo que seguramente no iba a poder encontrar.

Y de pronto oyó el chasquido a su espalda.

La puerta que se abría.

El gemido.

Se volvió con la velocidad de un puma, dispuesto a atacar, pues no quería que le atraparan.

Confiaba en que con un par de puñetazos, sin hacer demasiado daño, lograría llegar hasta la salida.

Pero se detuvo cuando ya iniciaba el movimiento de ataque. Sus párpados sufrieron una sacudida. Sus labios temblaron al darse cuenta de que la que tenía delante era una mujer.

Y qué mujer…

Uno no sabía qué admirar más. Si sus líneas rotundas y jóvenes. Si sus labios gordezuelos y quizá secretamente ávidos. Si sus ojos exóticos. Si aquella agilidad que mostraba.

La desconocida llevaba una falda negra, una blusita de color amarillo y zapatos de tacón alto. Todo en ella era bastante modesto, dando la sensación de que se trataba de una empleada de la fábrica. Al ver a Monty allí intentó girar para dar la alarma, pero él la sujetó por un brazo.

La inmovilizó con una presión férrea, aunque sin hacerle daño. La chica no se atrevió ni a gritar. Por unos segundos debió pensar que aquel intruso iba a matarla para poder huir. No era la primera vez que eso ocurría en París.

Pero Monty susurró:

—Por favor, no tema nada. No soy un ladrón.

Y la soltó, aunque cortándole el paso. Su voz había sido tranquila y casi dulce. Ella dio entonces a las cosas una interpretación completamente opuesta.

—¿Es un policía? —musitó.

—Sí —mintió él.

Caso de tener que exhibir la documentación, estaba dispuesto a inventar cualquier cosa. Pero ella no se la pidió. Debía sentirse tan aliviada que se olvidó de todo lo demás.

—Ya imaginaba que vigilarían esto —dijo—, pero supongo que hará falta un mandamiento judicial.

—Lo tengo.

—Avisaré al guardián.

—No, no hace falta. No complique las cosas, ahora, ¿comprende? No intentaba llevarme nada, de modo que puede estar tranquila. ¿Quién es usted?

—Me llamo Jackie.

—¿Trabaja aquí?

—Soy una de las secretarias.

—¿Y por qué ha venido a esta hora?

—Hago trabajos extraordinarios en casa, para ganarme un sobresueldo. Lleno fichas, pero había olvidado el libro matriz. Por eso he venido a buscarlo con permiso del vigilante.

—Pues lléveselo. No hay problema.

Y Monty decidió que ya no le convenía buscar nada más. No le convenía tampoco forzar la suerte, puesto que cualquier palabra inoportuna lo podía enviar todo al diablo. Además quizá le sacaría algún dato a aquella secretaria, si conseguía que ella siguiera

tomándole por uno de la bofia.

—A ser posible, no interesa al inspector Mattiez que se sepa que estamos investigando —musitó—. Le ruego silencio.

—¡Ah!, el inspector Mattiez… Ha estado aquí toda la tarde.

Aquella referencia a una persona conocida tranquilizó del todo a la hermosa muchacha, que se limitó a recoger un librote situado en una estantería. Luego preguntó:

—¿Quiere entonces que no le diga nada al vigilante de la puerta principal?

—Claro. Por favor, no le diga ni una palabra. Pero no sé si será demasiado pedirle que luego se reúna conmigo.

—¿Para qué?

—Me gustaría hacerle algunas preguntas. Serán unas preguntas confidenciales y que no la comprometerán para nada, por supuesto. Le doy mi palabra de honor.

—De acuerdo. Todo lo que ayude a aclarar la muerte de Marie me importa, porque Marie era amiga mía. ¿Dónde quiere que nos encontremos?

—Hay un café abierto casi toda la noche en la esquina de la rué Bambert —dijo él.

—Lo conozco. A veces desayunamos allí.

—La espero dentro de unos minutos, gracias.

La voz convincente de Monty había anulado todos los recelos de la muchacha, a pesar de que él hablaba un francés con fuerte acento británico. Jackie hizo una seña afirmativa y salió por la puerta. Monty utilizó, para largarse, la misma ventana por la que había entrado.

Minutos después estaba en el café, uno de esos cafés tristes pero encantadores, esos cafés de otro tiempo donde aún se conserva todo el viejo encanto de los suburbios de París. Los veladores de mármol eran, el más nuevo, de la época de Poincaré, y las lámparas aún conservaban los globos de cuando allí existía la luz de gas.

Monty vio entrar a Jackie. La muchacha era como una aparición. La notaba algo nerviosa, pero se tranquilizó al sentarse frente a él. Un camarero obeso vino y repasó la mesa con un delantal dudosamente limpio.

—Un *Pernod* —pidió Monty.

—Lo mismo.

Mientras lo bebían lentamente, él murmuró:

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja usted aquí?

—Dos años, desde que el señor Javert compró la fábrica.

—¡Ah!, ¿no era de su familia?

—No. Él la adquirió.

—¿Con qué dinero?

—¿Por qué hace esa pregunta? ¿Acaso desconfían de él?

—No, no… Nada de eso. Simplemente, la policía lo comprueba todo, ya sabe usted. ¿Conoce de dónde sacaba el dinero?

—De unos negocios que tenía en Rhodesia y África del Sur. Parece que los liquidó y obtuvo un buen beneficio, lo que le permitió más tarde establecerse en Francia.

—Celebro que no me haya engañado, Jackie. He visto balances bancarios de Rhodesia y África del Sur entre los documentos.

—¿Por qué piensa que había de engañarle?

—No sé… Todo depende de la estima que usted sienta por el señor Javert. ¿Qué tal es él? ¿Se hace apreciar?

—Supongo que cualquier mujer se interesaría por un hombre de su clase —dijo Jackie, pensativamente—. Marie había despertado muchas envidias por llegar a casarse con un mirlo blanco semejante; es guapo, joven, tiene dinero… En cuanto al trabajo, es un hombre muy organizado y bastante duro, pero le ocurre una cosa curiosa: apenas tiene un negocio encarrilado, piensa ya en otro. Le tengo por una persona de gran ambición.

—Si es un hombre de gran ambición, ¿por qué se casó con Marie, que, al fin y al cabo, descendía de una familia de la clase media baja? ¿No podía haberse casado con una heredera que engrosara su cuenta corriente?

—Supongo que un hombre no siempre piensa en sus cheques bancarios —dijo ella, ruborizándose un momento—. Hay que suponer que Marie le gustaba más que algunas herederas que corren por ahí. Lo que no comprendo es que ella… Bueno, no entiendo lo de su noche de bodas. ¡Es terrible y absurdo, a la vez! ¡Es como una pesadilla en la que nada tiene sentido!

Monty hizo un gesto afirmativo para obligarla a hablar. Con voz inexpresiva, preguntó:

—¿Se le conocían aventuras a Javert?

—¿Con quién?

—Pues, por ejemplo, con sus secretarias. O con otras mujeres. No sé.

—Durante una temporada tuvo relaciones con las chicas de un *ballet* africano —dijo ella con la mirada perdida, recordando detalles—. Por supuesto que Javert no entiende de teatro, pero las representaba o algo así. Todos decían que las chicas del *ballet* tenían relaciones con él pero a mí me parece exagerado. Eran veinte. De todos modos, algo hubo. Quizá con alguna se lió.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque una de las negritas dijo algo.

—¿De Javert?

—No lo sé… Por favor, no tome mis palabras al pie de la letra. No lo sé. Le estoy comentando cosas que se decían en la oficina y que nadie comprobó.

—Tal vez no me sería tan difícil comprobarlo ahora. ¿Dónde puedo encontrar a esa chica?

—No podrá encontrarla nunca.

—¿Por qué?

—Se suicidó.

La cabeza de Monty sufrió una sacudida. Sus párpados se cerraron un momento. Mientras miraba a la muchacha fijamente musitó:

—¿Dónde?

—Tuvo una muerte sórdida. Se ahorcó en un lavabo público del Metro de París.

Monty sentía la boca seca y notaba al mismo tiempo en ella una extraña náusea. Con voz que ya no quería ser indiferente, musitó:

—¿Qué fue del *ballet*? ¿Aún están por Europa?

—No —dijo Jackie—, ya no he vuelto a saber nada de aquellas chicas.

—¿Cómo se llamaba el conjunto?

—Tenía un nombre bastante convencional: The Black Girls, es decir Las señoritas negras.

Otra vez la cabeza de Monty sufrió una sacudida. Y otra vez tuvo que bajar los párpados porque había en sus ojos una luz casi tenebrosa. La chica no lo había leído, seguro que no, pero él recordaba los titulares de los periódicos de casi todo el mundo, pues había una época en que la mayoría de ellos pasaban por las mesas

de la redacción del Manchester. Y el titular ya casi olvidado pareció quedar retratado de pronto en su memoria: «TODAS LAS ARTISTAS DE UN *BALLET* SE MATAN AL ESTRELLARSE EL AVIÓN PRIVADO EN QUE VIAJABAN. EL ACCIDENTE OCURRIÓ SOBRE LAS AGUAS DEL ATLÁNTICO, A LA ALTURA DE AGADIR».

Y él recordaba bien el nombre de aquel *ballet*: «THE BLACK GIRLS». ¡Pues claro que habían desaparecido! ¡Claro que no había vuelto a saberse de ellas, nunca más!

La náusea seguía en su boca.

Pero ahora ya creía tener un camino. Y aunque aquel camino era espantosamente negro y parecía llevarle al fondo de un cementerio, él estaba dispuesto a seguirlo hasta el final.

—¿Cuándo se suicidó la chica que se supone liada con Javert? —musitó.

—No sé la fecha exacta. Supongo que fue hacia noviembre de 1973.

—Gracias, ya sé bastante. Por favor…

—¿Qué?

—No le diga a nadie que ha hablado conmigo. Todo lo que hace la policía hasta el momento es confidencial. Por mi parte procuraré no molestarla.

—No se preocupe. Ya le he dicho que quiero hacer lo posible por aclarar la muerte de Marie.

—¿No le transmitió ella ninguna inquietud? ¿No le habló de que tuviera miedo de algo?

—¿Y de qué iba a tener miedo? ¿Pero se da cuenta? ¡Estaba ilusionadísima! ¡Era la mujer más feliz del mundo!

Monty se puso en pie.

—Le repito las gracias —dijo—. Volveremos a vernos.

Y pagó en la barra. El grueso tabernero del delantal sucio murmuró, al verle salir:

—¡Pues no está poco majareta el tío! ¡Es el único que ha logrado llevarse a Jackie al rincón de un bar a estas horas y no le ha insinuado nada!

* * *

Le Fígaro está prácticamente abierto toda la noche. Monty fue allí y, valiéndose de su amistad con un redactor, pudo husmear en

los archivos del periódico.

La muerte de la negrita, la bailarina llamada Amelia Baleba, estaba allí, con una noticia, a columna, de noviembre del 73. En efecto, la pobre muchacha había tenido una muerte increíblemente sórdida.

Monty miró el distrito en que había sido hallado el cadáver: el XV. Por lo tanto, a la Comisaría del XV había correspondido el caso.

Fue hacia allá acompañado por su amigo, que hacía muchas veces información de Sucesos y conocía a la gente del distrito. Un aburrido sargento de guardia les permitió a los dos consultar los datos del caso, que ya estaba archivado y olvidado para siempre.

Los datos que había allí no eran muchos, o en todo caso los que constaban ya habían sido recogidos en la información del periódico.

Aquella noche —o, mejor dicho, lo que quedaba de aquella noche— ya no pudo dormir. Acabó tumbado en un banco del Parc Monceau, como un borracho, mientras millones de estrellas amarillas parecían dar vueltas ante sus ojos.

Y cada una de aquellas estrellas era como un ojo que le vigilaba. Como una boca exangüe que quería decirle una verdad imposible.

Una verdad que él no sabría nunca.

* * *

A la mañana siguiente estaba en el vestíbulo del hotel repasando los diarios —vivía en un hotel modesto, cerca de la rue Saint Germain—, cuando le llamaron al teléfono. Al tomar el auricular reconoció la voz de Claudel, el redactor de *Le Fígaro* con el que había estado la noche anterior.

—¿No estabas tú interesado por el lío de esas mujeres que se suicidan? —le preguntó el reportero.

—Claro que sí, Claudel. ¿Es que has descubierto algo de la que se mató?

—No, de ésa no. Otra.

—¿Cuál?

—Lo verás en seguida. ¿Quieres acompañarme?

—Por descontado que sí. ¿Pero adónde?

—Espera. Te iré a recoger.

Claudel tenía un «Simca» con el que le recogió en la esquina de la rué Gay-Lussac. Fueron a buena velocidad hacia el sur de París,

hacia el Pare de Montsouris, junto a la Ciudad Universitaria.

El parque estaba cargado de niebla aquella mañana. Flotaba una tristeza especial en sus senderos, en sus árboles infinitamente grises, en sus arbustos que parecían no ir a florecer jamás. Un grupo de gendarmes quietos, hieráticos, negros, que parecían arrancados de la película *Nous sommes tous des assassins*, se encontraban junto a la autopista. Todos ellos rodeaban un bulto espantosamente rígido.

El inspector de la Sureté, que ordenaba tomar unas fotografías, dijo:

—Hola, Claudel.

Dirigió una mirada crítica a Monty, que para él era un desconocido, pero no se opuso a que se acercara. Y entonces Monty la vio.

La novia blanca.

Con el vestido hecho jirones.

Los ojos terriblemente dilatados.

Una mueca de horror en la boca.

—Se casó ayer —dijo el inspector en voz baja—. Tenemos sus datos. Emile Blanchard, una obrera de veinte años. Parece que había hecho fortuna con la boda, porque su marido tiene o tenía un taller cerca de la rué des Dames y manejaba bastante dinero. La boda parece que fue bastante sonada. Asistió todo el barrio.

—¿Y… se ha matado? —balbució Monty.

—No, no se ha matado.

—¿Pues qué?

—La arrojaron desde la autopista, proyectándola fuera de un automóvil que iba a gran velocidad. Rodó por aquel terraplén que se ve allí y acabó desplomándose en el parque, donde nadie la ha descubierto hasta esta mañana.

—¿Murió a consecuencia del golpe? —susurró Monty.

—No.

—¿Cómo que no?

—Estaba muerta ya cuando la arrojaron.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo oficio —dijo el policía, que ya pasaba de los sesenta—. Y además, en este caso, no hace falta ni siquiera tener oficio. Vea su cara.

Monty la miró de nuevo. Y, sin palabras, tuvo la horrible

certeza, aquella certeza en la que hubiese preferido no creer. Ella había MUERTO DE MIEDO.

—No es eso lo peor —dijo el policía con voz lejana—. No, no es eso lo peor. Tampoco es lo más extraño.

—¿Qué es lo más extraño entonces? —murmuró Monty sintiendo que se le secaba espantosamente la boca—. ¿A qué se refiere?

—A una cosa muy sencilla —susurró el policía con la mirada perdida—. Ella se casó con un hombre, ¿verdad?

—Bueno, eso parece.

—Pues entonces —gruñó el policía, mirando al vacío siempre—, ¿por qué parece que se haya casado con muchos más?

CAPÍTULO V

EL CASO DE LA NOVIA EMPAREDADA

Monty sentía una serie de cosas que era incapaz de explicar.

Náusea.

Angustia.

Incredulidad.

Le dominaba una terrible sensación de irrealidad. Todo aquello no tenía ningún sentido, no llevaba a ninguna parte. Era sencillamente una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento gritando: «¡BASTA!».

Pero no parecía pensar eso el inspector que ahora les miraba a los dos. Sus mejillas se cargaron de mil arruguitas al preguntar:

—¿Se dan cuenta?

—No le han hecho la autopsia ni hay informe oficial —dijo Monty negándose a creerlo—. ¿Cómo sabe eso?

—Bueno… Es de mal gusto hablar de eso, pero hemos tocado un poco el cadáver. Y bastaba con examinarlo con detenimiento.

Monty se dio cuenta de que sus dedos arañaban el aire. Con voz que no parecía la suya preguntó:

—¿Dónde está el marido?

—Ha volado.

—¿Muerto?

—¡Quién sabe!

—¿Se llevaron a la novia? ¿Por ejemplo una pandilla de hijos de perra pudo hacerlo después de golpearle a él?

—No.

—¿Por qué no?

—Todos los grupos que se dedican a eso están entre rejas ahora. Son pocos, afortunadamente, y a cada uno le cae una montaña de

años. Un grupo de esa clase no se forma de la noche a la mañana: rotundamente no.

—Pues entonces, ¿qué sentido tiene?

—Nada tiene sentido —dijo el viejo policía con voz amarga—. Nada.

Monty también sentía eso. Una terrible desesperanza le iba envolviendo. Con gusto hubiera echado a andar por el vacío hasta perderse de vista. Hasta ahogarse en la niebla. Hasta desaparecer en un rincón para siempre como habían desaparecido todos aquellos fantasmas, todos aquellos seres de pesadilla que mataban a las mujeres de MIEDO.

Le costó reaccionar, pero lo hizo al fin mientras apretaba los puños. Dijo mirando al policía:

—¿Tiene alguna foto del marido?

—No. La estamos buscando.

—¿Cómo es posible?

—Pues eso: que la estamos buscando —gruñó el policía con irritación—. ¿Qué de extraño hay en ello?

—Nada… y mucho. ¿No se hicieron una foto de bodas?

—Parece que no.

—¿Y en la casa de ese hombre no había ningún retrato suyo?

—No.

—Pues no tiene sentido —gruñó Monty—. En todas las casas del mundo hay alguna fotografía del dueño, aunque sea insignificante o antigua.

—Bueno, ahora que lo dice… —murmuró el policía pensativamente—, puede que tenga razón, pero en el domicilio de dos personas que se acaban de casar puede que no haya ninguna. De todos modos no deja de ser una posibilidad: la posibilidad de que el pájaro que se casó ayer con ella trate de ocultarse.

—Estoy seguro de que intenta hacerlo, inspector.

El policía le miró con ojos entornados.

—Me ha dado una idea en la que no había caído hasta ahora —susurró—. ¿Quién es usted?

—Se llama Monty y trabaja en el Manchester News —se atrevió a decir Claudel.

—Está bien. Si envía alguna crónica de lo que ha visto, sea prudente. La policía aún no sabe realmente nada.

—De acuerdo, inspector. Gracias.

Les dos se alejaron.

Monty estaba amarillo.

A su amigo le castañeteaban los dientes, y eso que Claudel era un tipo que carecía de imaginación. Intuía un gran reportaje, pero no sabía por dónde empezar. Por eso, a la salida del parque, murmuró:

—¿Cuál debe ser el principio?

—Averiguar dónde se casaron.

—Eso no será difícil, conociendo el nombre de la novia y la fecha. Lo encontraremos en el Registro Civil.

Una gestión muy rápida les permitió saber que la infortunada Emile Blanchard se había casado no sólo civilmente, sino también con arreglo a los ritos de la religión católica. Había sido, pues, una boda con toda la dignidad y que de ningún modo hacía suponer el desastre que ocurriría poco más tarde. La ceremonia había tenido lugar en una de las capillas del Sacre-Coeur, para que no faltase ningún detalle.

Los dos periodistas fueron hacia allí.

El sacerdote que les había casado recordaba perfectamente al novio, claro está. Era un hombre alto, joven, bien plantado, con una corta barba. ¿Ojos? No, los ojos no los había visto bien, porque llevaba unas gruesas gafas. Sin duda era miope. Se había comportado con cierta timidez y hablado con acento extranjero. ¿Vestido? Bueno, el normal en ceremonias de esa clase entre gente acomodada: él llevaba chaqué. Había asistido mucha gente y la novia estaba radiante de felicidad. Nadie podía imaginar siquiera que pocas horas más tarde se desencadenaría aquella tragedia sin nombre.

El sacerdote estaba realmente afectado. Hasta le costaba hablar.

Los dos jóvenes fueron entonces a la rué des Dames. Vieja calle cercana a Montmartre; vieja calle donde aún subsistía algún bar desde el que la gente soñaba en el tiempo que ya se fue. El taller que había sido del esposo de la Blanchard estaba cerrado. Daba la sensación de que allí no había trabajado nadie.

—¿Cómo se explica esto? —murmuró Claudel.

—Un negocio de tapadillo o que, en todo caso, funcionó poco tiempo —opinó Monty—. Luego ese hombre lo liquidaría y

despediría a sus escasos empleados, pero dando siempre la sensación de que era un fulano solvente. En realidad supongo que era eso lo que le importaba: quería que toda mujer soltera, en su sano juicio, sintiera la tentación de casarse con él.

—¿Pero… pero por qué razón? ¿Te das cuenta? ¡Nada de esto tiene sentido, Monty!

Monty se pasó una mano por la boca. La verdad era que él tampoco veía el sentido, pero allí había algo que le hacía estremecer, algo que no entendía de ninguna manera.

—Tengo que seguir las huellas de ese tipo —decidió.

—¿El marido de Emile Blanchard?

—Sí. Y tengo una idea en la que puedes ayudarme, Claudel.

—¿Qué idea?

—Proporcionarme una foto de Javert. Supongo que eso no te será demasiado difícil.

—No, claro que no. Además la policía nos dijo que estaba en el hospital reponiéndose de la impresión. Tú mismo puedes entrevistarte con él.

—¿Qué hospital?

—Lo averiguaremos pronto.

Y lo averiguaron gracias a las conexiones que el periódico tenía en todas partes. Javert había sido asistido de un fuerte *shock* nervioso en una clínica privada llamada La Clemence. Apenas media hora más tarde, los dos amigos se presentaron allí.

No podía decirse que no se movieran aprisa.

Estaban ganando por mano a la propia policía.

Pero allí les aguardaba una nueva sorpresa. Ni hablar de Javert. El médico que le había atendido les confirmó:

—Sí. Padecía un terrible *shock* nervioso, pero estuvo poco tiempo aquí. Le di unos calmantes y de pronto se fue. La policía vino más tarde para ampliar algunos detalles, pero ya no pudo encontrarle tampoco.

—¿Dijo dónde iba?

—No, ni idea… Como comprenderán, tampoco pude preguntárselo, puesto que su marcha fue del todo inesperada. Sin embargo no tiene nada de extraño el que huyera, puesto que con los que han sufrido un golpe semejante tenemos sorpresas de esa clase. Quieren huir, quieren andar sin descanso, quieren encontrarse en

algún sitio donde nadie les conozca ni les pregunte nada… Una habitación cerrada es para ellos la peor pesadilla, porque parece como si los recuerdos se concentraran allí. Dentro de unos días ya verán como aparece hecho una piltrafa en cualquier lugar de las cercanías de París, sin descartar el que haya podido suicidarse. Muchos tienen depresiones terribles. No crean que no me inquieta la suerte de ese pobre hombre.

—¿La policía qué ha dicho?

—La policía ha comprendido que un hombre en esa situación no es responsable de sus actos. Le buscan, pero solamente para protegerle de sí mismo.

—Gracias, doctor. Sus explicaciones nos han sido muy útiles. Si damos con él ya nos pondremos en contacto con usted.

En realidad las explicaciones les habían servido de bien poca cosa, pero al menos sabían algo más: Javert también intentaba ocultarse. Monty se despidió de su amigo y fue entonces en busca de Jackie.

Ella parecía haber dormido mal.

—Jackie —dijo él cuando se encontraron en la calle, cerca de la fábrica—, ante todo he de confesarte algo porque no quiero abusar de tu confianza. No soy un policía francés, sino un periodista británico. Cuando me sorprendiste en aquel despacho me diste tú misma una salida al confundirme, y yo me aproveché de las circunstancias, puesto que no tenía otro remedio. Pero ahora necesito que sepas la verdad. Tú eres una de esas mujeres con las que se comete un pecado engañándolas. No lo mereces.

Ella hizo un tímido gesto de asentimiento. Se notaba que agradecía las palabras de Monty, pero, en realidad, aquel asunto no era el que más le preocupaba. Había otras cosas que la aturdían, que la tenían obsesionada. Mientras andaba con la cabeza baja murmuró:

—Todo esto me estremece, te lo juro. No quiero ni pensarlo seriamente. Pero me estremece como si yo misma fuera la próxima víctima.

—Yo me ocuparé de que eso no ocurra, Jackie. Pero para eso necesito una pequeña ayuda: una foto de Javert.

—¿Una foto de Javert?

—Sí. ¿Tan extraño te parece?

—Es que…
—Bueno, tiene una en su despacho, ¿no? Yo la vi aquella noche. ¿No puedo hacer algo para llevármela?
—Lo procuraré. Ahora la fábrica está trabajando a medio gas, porque los encargados no han podido entrar en contacto con el señor Javert y no saben qué pedidos hay que atender primero. No es que él se ocupara demasiado de los asuntos, pero al menos daba instrucciones cada día. Supongo que podré entrar en el despacho.
—Por favor, inténtalo.
—De acuerdo, ¿dónde vas a esperarme?
Jackie estaba dispuesta a ayudarle pese a saber que la había engañado una vez. Su sinceridad resultaba conmovedora. Monty tuvo un brusco impulso que no había sentido jamás: no el impulso de besar sus labios, sino de besarle las manos. Pensó con inquietud, al notar eso, que ya debía estar volviéndose viejo.
—Te esperaré en un sitio muy concurrido —dijo—, en el café La Coupole.
En efecto, la muchacha apareció por La Coupole una hora después. El café estaba entonces lleno de gente. Jackie vino trayendo bajo el brazo, muy bien envuelto, el cuadro con la foto que Monty había visto la primera noche tras la mesa de despacho de Javert.
—Aquí lo tienes —musitó.
—De acuerdo, vamos a Montmartre.
—¿A qué?
—Ya lo verás.
Se dirigieron a la colina más famosa del mundo, en cuya cima, junto a la vieja alcaldía y los viejos restaurantes, dos docenas de pintores hacían retratos al carbón a los turistas que se apiñaban junto a los caballetes. Monty hizo un extraño encargo a uno que estaba sin trabajo.
—Voy a desmontar este cuadro para retirar el marco —dijo—. ¿Puede pintar sobre esta cara una pequeña barba y unas gafas de miope?
—¡Oiga, que éste no es un trabajo artístico! ¡Y yo no soy un cualquiera!
—Se lo ruego. Es para un trabajo de identificación y se lo pagaré bien.

—De acuerdo, de acuerdo… ¿Cómo ha de Ser la barba?

Monty le orientó, más o menos, en torno a lo que sabía del hombre que se había casado nada menos que en el Sacré-Coeur. Cuando el cuadro estuvo modificado, lo dobló bajo el brazo y se dirigió a ver de nuevo al sacerdote con el que se había entrevistado antes.

Le puso bajo las narices el retrato modificado.

—¿Era éste el hombre que se casó? —preguntó bruscamente.

El sacerdote pestañeó.

—¡Pues claro que era éste! ¿Cómo lo ha adivinado? A mí ya me había extrañado mucho que en la boda no permitiera la asistencia de ningún fotógrafo, pero pensé que era por timidez. Oiga… ¿qué es lo que se esconde detrás de esto?

Monty hizo un gesto pesimista con la cabeza.

—No lo sé, pero estoy tratando de averiguarlo. Perdone que le haya molestado, padre; procuraré no importunarle más.

Y se dirigió con Jackie al centro de París. La mirada de los dos se había nublado. Parecía como si de pronto, a través del aire limpio de la ciudad, vieran flotar miles de fantasmas. Había cosas que no entenderían jamás.

Detenidos en una esquina de la Avenue Victor Hugo, Monty susurró:

—Lo único que sabemos es que Javert, si realmente se llama Javert, actuó con una extraordinaria rapidez, casándose dos veces en dos días, y fingiendo, además, sufrir un terrible *shock*. Todo debía haberlo preparado hace tiempo, de modo que su plan funcionó como un aparato de relojería. Tenía dos personalidades distintas, dos negocios distintos y dos novias distintas. Las dos han muerto en circunstancias increíbles: una destrozada por los tigres de un Zoo privado, la otra muerta de miedo. ¿Pero por qué? ¿Qué sentido tiene esto? Javert no es un hombre que inspire miedo. Al contrario: con barba o sin ella, es guapo. ¿Y qué interés puede tener en que sus esposas mueran? Mejor dicho, incluso puedo estar seguro de que él no las mató: una de ellas fue directamente al foso de los tigres, como si fuera una sonámbula. La otra murió a causa de un fallo cardíaco causado por el miedo. ¿Qué sentido tiene esto? ¿Y qué sentido tiene, además, la muerte de las otras dos novias, una en Irlanda y otra en Londres?

Jackie movió la cabeza pesadamente. Parecía aturdida.

—Estoy recordando algo… Al principio no le di ninguna importancia, pero ahora comprendo que tiene un inquietante sentido. Javert era un hombre muy respetuoso con las empleadas y que no tenía aventuras, pero en cierta ocasión tuvo una. Bueno… Quizá él mismo no la buscó. Una de las chicas se enamoró y se puso a tratar de conquistarle descaradamente. No era una cualquiera: era joven, bonita… Pero todas sabíamos que había tenido algunas aventuras y que no le importaría tener alguna más. Lo que hizo Javert fue muy extraño, pero todas nos dimos cuenta entonces de que era un hombre muy serio e inflexible en cuestiones sentimentales. Dijo que aquella muchacha era una casquivana y que estaba dando mal ejemplo. Y la despidió.

Monty arqueó una ceja.

—Todo esto parece muy contradictorio —dijo—. Indica que, a su modo, era un hombre con una moral muy rígida.

—Sí, eso es lo que pensamos todas entonces —murmuró Jackie —, pero ahora recuerdo algo a lo que en aquel momento no le di importancia: a los pocos días telefoneé a Héléne a su casa (Héléne es el nombre de la chica) y no contestó nadie. Volví a telefonear y tampoco contestó.

Monty palideció.

—¿Dónde vive esa muchacha? —dijo.

—En una casa cerca a la Avenue Leclerc, una de las pocas casas de planta baja que existen por allí. Es un residuo de cuando aquello eran solamente campos.

—¿Conoces el sitio?

—Claro… Estuve allí una vez.

—Acompáñame.

Monty no podía disimular su nerviosismo. Cuando tomaron un taxi y empezaron a rodar por las interminables calles de París, deteniéndose en cada embotellamiento, lanzó un par de maldiciones porque pensó que no iban a llegar nunca. Eso no era habitual en él, ni mucho menos. Por fin el taxi frenó ante una casa de una sola planta, una vivienda unifamiliar que debía tener más de cien años. Había quedado sola y aislada en un desmonte, más allá del cual se construían bloques de pisos. Un sendero sin asfaltar conducía hasta ella.

Los dos se apearon y despidieron el taxi.

Algo les decía que iban a tener que quedarse mucho tiempo allí.

El silencio les envolvía. Era un silencio suave, dulce, casi pegajoso. Como era suave, dulce y pegajoso aquel olor. Los dos avanzaron hacia la puerta.

* * *

Monty susurró:

—Está cerrada.

—Podríamos forzarla —opinó Jackie—. Supongo que nos hemos metido en tantos líos, que ya no viene de uno.

—Tienes razón. Creo que sabré hacerlo.

Con unas tijeras y una lima de uñas que la muchacha llevaba en su bolso, Monty pudo forzar la sencilla cerradura. Y entonces se extendieron ante sus ojos las tres piezas de que constaba la casa.

Puertas abiertas.

Mesas volcadas.

Una cama deshecha.

Había en aquella cama algo siniestro, hostil: algo que destrozaba los nervios.

Jackie musitó:

—Dios santo…

Porque estaba aquel olor. Estaba aquel olor dulzón, suave y sólo ligeramente fétido. Estaba el enigma flotando en el aire y haciendo que un estremecimiento les recorriera a los dos.

Monty miró en torno suyo. Ni rastro de la chica. No se apreciaba nada. Aquel olor llegaba de algún sitio, pero no se apreciaba de dónde.

La mirada de Monty seguía paseando por el recinto escrutadoramente. Jackie, en silencio, se había puesto a llorar. No sabía por qué, pero lloraba. Aquello era como los funerales de una muerta que no estuviera en ningún sitio, una muerta que flotase en el aire.

Monty dijo de pronto:

—Allí.

—¿Qué pasa allí? —preguntó Jackie con ojos desencajados.

—Hay una parte del empapelado que es más nuevo. Quizá dentro de poco no se notará, pero ahora sí. Y eso, para mí, tiene un

significado.

—¿Qué… qué significado, Monty?

—Alguien retiró el papel, abrió un hueco en la pared, lo tapó y empapeló de nuevo el trozo, con un rollo que Héléne debía tener de reserva. Por lo tanto debe haber un hueco… ¡justamente ahí!

Y empezó a actuar sin pensarlo más. Ahora parecía como si una fuerza ajena e irresistible le dominase. Arrancó el papel valiéndose de un cuchillo, y entonces se encontró, en efecto, con la pared removida. El yeso aún estaba fresco. Buscó algo que le sirviera y encontró un viejo punzón de partir hielo. Como las piedras de la vieja pared estaban removidas, no le costó demasiado ir desencajándolas, una por una, hasta dar con el hueco abierto en la pared.

Pero antes de conseguirlo ya tuvo que colocarse un pañuelo empapado en agua ante la cara. El hedor era casi irresistible. Jackie, ciega de horror, lanzó un gemido mientras se apretaba convulsamente contra una de las paredes.

Porque allí estaba Héléne.

Allí estaba la novia, aunque ésta no había pasado por la iglesia ni por la alcaldía. Allí estaba la mujer emparedada. La última víctima. Allí estaba el misterio convertido en un montón de carne que, de pronto, se había hecho abominable.

Jackie había caído al suelo. Se puso a vomitar.

Y Monty, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo, la sacó de allí en silencio.

CAPÍTULO VI

EL CASO DE LA NOVIA ATERRORIZADA

Poco después volvió al interior, pero ahora sin la muchacha. Necesitaba dejarla al margen porque Jackie podía en cualquier momento perder la serenidad. Sus ojos captaron todos los detalles, fijándose ante todo en la mujer muerta.

Debía llevar allí entre una semana y diez días. El proceso de descomposición había entrado, pues, en los peores momentos. No resultaba agradable mirar a la pobre muchacha, aunque su cuerpo parecía intacto y se la reconocía perfectamente.

En la casa había habido lucha, pero una lucha muy especial. Se podía apostar diez contra uno a que Héléne había tenido que enfrentarse a más de un hombre, aunque eso no explicaba su muerte. ¿O quizá sí que la explicaba? ¿Quizá había muerto también DE MIEDO?

Su cuerpo aparecía vestido, pero sin ninguna gracia. En cambio su cara era bien expresiva: sus ojos parecían mirar al vacío con un indecible horror. Su boca estaba torcida en una mueca patética de miedo y de asco a la vez. Las manos, yertas y cruzadas sobre el pecho aún, parecían hacer un gesto de defensa.

Monty comprendió que tenía que avisar a la policía, concretamente al inspector Mattiez. Él ya le había visto una vez y podría comprenderle mejor que cualquier otro. Pero antes registró sumariamente los cajones de los muebles, por si había algo de interés.

Vio que todo había sido registrado antes por los que emparedaron a la chica, pero éstos no debían ser ladrones, porque había unas cuantas cosas de valor que estaban intactas. Se notaba, también, que faltaba algún papel, pero en cambio había otros que

no tenían ningún interés: facturas de vestidos, recibos del alquiler, del teléfono…

Monty las fue revisando atentamente, a pesar de que cada minuto que permanecía allí era un suplicio para él. Y en uno de ellos encontró una anotación que, al parecer, no tenía sentido. La anotación decía: «Saint Jean, 18, E». Y junto a esa anotación había en lápiz un signo que parecía un «?».

Lo guardó.

Salió de allí.

Jackie se había apoyado en uno de los pocos árboles que quedaban en la zona. A poca distancia, con un ruido espantoso, sobrevolaban los aviones que iban hacia el aeropuerto de Orly. Los cristales de los nuevos bloques de viviendas debían vibrar todos.

El joven musitó, enseñándole el papel:

—¿Tienes idea de lo que puede ser esto?

—¿Esto? Pues… no sé.

—Cualquiera diría que tiene algo que ver con una iglesia.

—Sí, pero dentro de las iglesias no hay números ni letras como si tuvieran calles. Más bien puede ser una calle, una que se llame Saint Jean. Y ése, el número de la casa.

—Posiblemente tengas razón. Seguro que debe haber una calle de Saint Jean en París. Vamos a comprobarlo.

—¿No avisas a la policía?

—Lo haré luego. Si ahora empiezan a interrogarme, se pasarán diez horas haciéndolo.

Abandonaron el sendero sin asfaltar y, en la Avenue Leclerc, tomaron un taxi. El conductor tuvo que mirar en la guía urbana para encontrar la rué Saint Jean, pues no la conocía.

—Hay una cerca de la rué Soufflot —dijo—. Veremos.

Les llevó allí, pero la tal rué Saint Jean era solamente un callejón del viejo París. La numeración estaba saltada. No había número 18. Correspondía a un solar que debía estar infestado de ratas.

Los dos lo miraron después de despedir el taxi. Sus ojos se habían enturbiado. Nada había que hacer allí, y ellos lo sabían. Monty se puso un cigarrillo en los labios con gestos maquinales mientras susurraba:

—Pues sí que hemos venido a buen sitio.

—Tiene que haber otra explicación, Monty.
—¿Cuál?
—Dios mío, no lo sé.
—Esta dirección que Héléne escribió corresponde a algo, pero ¿a qué?
Jackie palideció, de pronto.
—No tiene sentido… —balbució.
—¿Qué es lo que no tiene sentido?
—Mi madre está enterrada en el cementerio del Pére Lachaise.
—¿Y qué?
—La dirección de su nicho es Saint Pierre, 24, P. Es decir… ¡Se parece mucho a esa dirección! ¡Lo que tenemos en las manos puede ser la dirección de una sepultura!
Monty tembló un momento. Claro que podía ser cierto… En aquel maldito embrollo, nada era imposible. Con una repentina decisión, dijo:
—Me parece que me voy a gastar en taxis todo lo que tengo, pero no me queda otro remedio. Vamos.
Llegaron al inmenso cementerio del Pére Lachaise. El taxi les dejó en la puerta y ellos anduvieron por los senderos vacíos, por entre los Cipreses, las lápidas desteñidas por el tiempo.
Monty quiso animar a la muchacha susurrando:
—Parecemos dos novios un poco románticos y un poco pasados de moda, ¿no?
—Si fuera tu novia quizá me sentiría más aliviada —dijo ella, con sinceridad—. La sensación de soledad que ahora tengo es agobiante. Si tú desapareces va a ser… Bueno, va a ser terrible. Me va a parecer que detrás de cada esquina me espera la muerte.
—Está bien —murmuró riendo, siempre tratando de animarla—. Supongamos que somos novios. Deja que te tome por el brazo; quizá así te sentirás mejor.
Una simple presencia humana, una voz amiga, un contacto, pueden borrar el miedo. Fue casi increíble el cambio que se operó en la muchacha. Incluso envuelta en las brumas de aquella pesadilla, logró sonreír.
—Nunca he tenido una novia tan bonita —dijo, sinceramente, Monty—. Ojalá no fuese una broma ni una comedia, Jackie. Ojalá esto fuese verdad.

Y se detuvieron ante una encrucijada. Porque allí estaba el nombre: Saint Jean. Y los nichos estaban indicados por números y por letras. No les costó nada encontrar el
18 E.

Y entonces Jackie lanzó un gemido de horror.

Entonces sus rodillas se doblaron, negándose a sostenerla.

Claro que él tampoco se sentía demasiado seguro, porque la pesadilla le envolvía de tal modo que ya no le dejaba respirar. Porque sus ojos nublados acababan de leer lo que estaba escrito en la lápida de aquel nicho:

MARCEL JAVERT
1945

CAPÍTULO VII

EL CASO DE LA NOVIA ENLOQUECIDA

Monty se retiró poco a poco de allí.

Había tenido que reunir todas sus fuerzas para mantenerse sereno y tratar de ordenar sus pensamientos. Pero una sola cosa estaba clara: Javert era un muerto. Y eran muertos, también, TODOS LOS DEMÁS. Todos los que se habían casado con distinto nombre. Todos aquéllos cuyas novias habían sufrido la más terrible suerte. Sencillamente, Monty estaba ante una especie de baile del Más Allá.

Era una pesadilla que no tenía sentido.

Pero ya estaban en ella.

No les quedaba más remedio que seguir.

—¿Puedes caminar, Jackie?

—Creo que… sí.

—Pues vamos a comprobar algo. Vamos a la administración del cementerio.

—¿Qué es lo que quieres comprobar?

—Si realmente un tal Marcel Javert está enterrado ahí desde 1345.

Se dirigieron a las oficinas del inmenso camposanto. Un viejo funcionario que se dedicaba a espantar moscas como buitres, les atendió con unos cuantos gruñidos.

—Quiero saber cuándo caduca el alquiler del nicho del señor Marcel Javert, en Saint Jean, 18, E —explicó Monty, agarrándose a la primera mentira que se le ocurrió—. Soy un amigo y quiero renovarlo, porque temo que la familia no se acuerde.

—Hum… A ver… a ver… Saint Jean… —Abrió un tremendo librote—. ¿Año?

—1945.

—Sí, aquí está. Pero sufre usted un error: el nicho es de propiedad. No debe preocuparse.

—Gracias.

—Marcel Javert fue sepultado poco después de terminar la guerra —dijo el funcionario, animado al ver una propina—. Tenía treinta años.

—Gracias de nuevo.

—Treinta años son los que ahora tiene Javert —dijo Jackie, llena de nerviosismo, cuando dejaron atrás la oficina, los librotes, la luz mortecina y las moscas.

—Está claro que ha conseguido documentación falsa con el nombre de una persona ya muerta —murmuró Monty mientras abandonaban el recinto—. No le debió ser tan difícil, porque en 1945 había bastantes personas desplazadas y que habían sido dadas por desaparecidas provisionalmente. Quiero decir que las autoridades extendían documentaciones nuevas con cierta facilidad. Javert pudo aprovecharse de eso.

—¿Y cuántos años hace que empleará ese nombre?

—Hum… Yo creo que pocos. Debió utilizar la personalidad de alguien que ya estaba muerta y del que nadie se acordaba. Supongamos que hace un par de años lo logró. Supongamos que no hubo problemas porque no le debió resultar tan difícil demostrar que en 1945 había sido deportado, o algo así, y que no había podido regresar a Francia. Verdaderamente él estuvo bastante tiempo en África, ¿no?

—Exacto.

—Pues ya le tenemos con una documentación falsa, pero, al mismo tiempo, legal. Imagino que eso le pudo servir, con pequeñas variaciones, para obtener un par de falsas personalidades más en Francia, utilizando quizá los servicios de alguien que fabricara pasaportes y documentos de identidad.

—Pero entonces Javert (vamos a llamarle así) ¿es el hombre que ha causado todas esas muertes en tres países distintos?

—Sí. Estoy convencido de que con diversas documentaciones y con distintos negocios establecidos, pero solventes, ha podido desenvolverse en tres países distintos. En cada uno de ellos le tomaban, también, por una distinta persona.

Jackie musitó:

—Oye, Monty, para eso hace falta muchísimo dinero.

—Claro que hace falta.

—¿De dónde lo sacaba Javert, si es que vamos a seguir llamándole así?

—Parece que en África del Sur y Rhodesia ganó bastante.

—Y su negocio en París, por lo menos el que yo conozco, tampoco era malo —recapituló ella—, pero lo que no entiendo es lo que pretende. ¿Qué juego diabólico es ése? Y especialmente, ¿qué gana él?

—No lo entiendo yo tampoco, porque hay otra cuestión.

—¿Cuál?

—Él no las mata.

—No… Eso es cierto.

Los dos parecían encontrarse de nuevo ante un muro de tinieblas. No sabían por dónde avanzar. Tuvo que ser la muchacha la que dijera:

—En todos los casos han muerto aterrorizadas o han tenido accidentes espantosos causados por el miedo, pero no ha sido Javert quien ha acabado directamente con ellas. En este juego diabólico intervienen VARIOS HOMBRES. ¿Pero quiénes? Y sobre todo: ¿por qué?

Monty no podía contestar aún a esa pregunta.

—Debemos separarnos —dijo con voz opaca—. Creo que necesitamos reflexionar los dos. Yo hablaré con Mattiez, pero no le diré que tú estuviste conmigo en el descubrimiento de aquel cadáver. No quiero que te molesten.

—Pero te van a estar interrogando toda la noche.

—Precisamente por eso no quiero que te fastidien también a ti.

—Entonces, ¿es mejor que vuelva a casa?

—Creo que sí. ¿Estás segura allí? ¿Crees que no corres ningún peligro?

—¿Qué peligro voy a correr? Vivo sola, pero no abriré la puerta a nadie.

—¿Tienes pestillo de seguridad?

—Sí.

—Úsalo.

—¿Cuándo me llamarás de nuevo, Monty?

—Mañana, apenas me deje la policía. No quiero que te causen más molestias, ¿sabes? Dame tu número de teléfono.

Ella se lo anotó. Luego se miraron fijamente a los ojos.

Ninguno de los dos hubiera podido explicar lo que le ocurría, pero era como si el destino les hubiese unido. Como si les hubiese unido el peligro que flotaba hasta en el aire. Como si les hubiese unido la muerte.

Y se besaron allí, en la calle.

Sin poder evitarlo.

Como si una fuerza ciega les empujara a uno hacia el otro.

Como si ambos supieran que tenían que hacer frente unidos a aquella especie de zarpa negra que flotaba sobre sus cabezas.

Se separaron como dos sombras.

* * *

Mientras Monty iba a ver al inspector Mattiez, sabiendo que éste le retendría quizá durante toda la noche, pero sabiendo también que no le quedaba más remedio que dar aquel paso, la muchacha volvió a su casa.

Vivía cerca de la fábrica de Javert, en una calle del suburbio, antes tranquila, y que ahora Iba dejando de serlo. Había coches estacionados en todas partes, habla unas cuantas casas nuevas abigarradas y habla también unos cuantos árboles raquíticos y que se estaban muriendo. La casa en que ella vivía tenía tres pisos, pero los del piso inferior estaban de vacaciones y los del otro se habían ido al entierro de un pariente. Por consiguiente ella, que se encontraba en la planta más alta, estaba sola. Con un estremecimiento que a la vez era de intranquilidad, de miedo y de frío, abrió la puerta y cerró a su espalda.

Las tinieblas ya lo envolvían todo.

Eran tinieblas teñidas de gris, donde los objetos apenas visibles adquirían una rara dulzura. Con un nuevo estremecimiento, la muchacha encendió la luz.

Y entonces oyó aquella voz tranquila, aquella voz que parecía llegar desde el fondo del tiempo:

—Buenas noches, Jackie… Parece que últimamente, ha estado muy ocupada…

Ella se volvió, de pronto.

Los ojos se le escaparon de las órbitas.

Sus diez dedos, que buscaban desesperadamente una salida imposible, arañaron la pared.

Porque a aquel hombre al que la luz rosada de la lámpara alumbraba de una forma lejana lo conocía perfectamente. Era…

… ¡ERA EL PROPIO JAVERT!

* * *

Normalmente ninguna mujer se hubiera asustado ante él, porque era un hombre guapo. Vestía con elegancia y no había en él nada de siniestro, sino todo lo contrario. Pero Jackie sintió el miedo metido hasta el fondo de sus venas. Sintió que iba a desvanecerse, sintió que aquello era el fin y que su cuerpo se derrumbaba sin remedio.

Javert musitó:

—Parece que ha entrado en contacto con un hombre llamado Monty, ¿no?

Ella intentó rehacerse. Intentó pensar que, al fin y al cabo, había hablado muchas veces con aquel hombre, en su despacho de trabajo, y que nunca le había hecho nada malo. No era posible que quisiera matarla, que fuera a intentar nada contra ella.

Los resortes mentales que un ser humano tiene para defenderse del miedo son innumerables. Y ahora Jackie los estaba poniendo todos en juego, uno tras otro.

—¿Cómo sabe lo de Monty? —susurró.

—Les he estado siguiendo.

—¿Entonces sabe que hemos estado en… en…?

—Sí. En el cementerio.

La garganta de la muchacha se contrajo.

—Señor Javert… —musitó—, no debemos perder la serenidad. Usurpar la personalidad de un muerto no es tan grave.

—Por supuesto que no. Y no es eso lo que me preocupa.

—Yo no quiero hacerle daño por un detalle así. No voy a denunciar una tontería tan… tan insignificante.

La muchacha intentaba llegar de nuevo a la puerta, pero sabía que eso no le iba a servir de nada. Ella misma la había cerrado con dos vueltas de llave y sabía que no iba a tener tiempo de abrirla otra vez.

Por eso intentaba calmar a Javert, por eso procuraba que él no

sintiera la tentación de atacarla. Pero el hombre daba la sensación de estar muy tranquilo. Dijo, con voz llena de indiferencia:

—No, no es eso lo que me inquieta.

—¿Pues qué?

—Me inquieta el cadáver de Héléne.

Jackie sintió otra vez el frío de la muerte en sus huesos.

—¿Usted sabe que… que…? —bisbiseó.

—Le he dicho que les he estado siguiendo.

Ella tuvo en la garganta un nuevo espasmo.

—Nosotros no queremos causarle ningún daño, señor Javert —susurró, haciendo un supremo esfuerzo.

—¿Dónde ha ido Monty?

—A… a…

—A hablar con la policía, ¿verdad?

—No… lo sé.

Javert se acercó lentamente, después de ponerse en pie. Sonreía, pero sin que la muchacha supiera por qué aquella sonrisa le pareció distinta.

Formaba mil amiguitas en las comisuras de sus labios.

Y en sus mejillas.

Mil amiguitas extrañas y sin sentido.

Como si toda su cara fuese de pergamino, un pergamino a punto de quebrarse.

—No debes temer nada —dijo tuteándola—. No pienso hacerte daño.

—Ya imaginaba que usted no… no me lo haría, señor Javert.

Jackie no sabía por dónde huir. Se sentía terriblemente acorralada. Si gritaba no la oirían, y además el cuerpo del hombre le impedía el salto hacia la puerta. En esas condiciones no le quedaba más que aguantar y tratar de disimular en lo posible la tensión incontenible de sus nervios.

—En el fondo, yo siempre te he apreciado.

—Se lo agradezco, señor Javert.

—Lo que pasa es que tú nunca te has fijado en mí.

—Bueno, yo… Usted era el jefe.

—Pero me casé al final con una obrera.

—Una obrera que… que…

—Que ha muerto, ¿verdad? ¿Es eso lo que quieres hacerme

recordar?

Jackie no contestó.

Una especie de alarido espantoso pugnaba por surgir de su garganta, pero ni eso podía lograr. Era como si, de repente, hasta sus cuerdas vocales se hubieran roto.

—También me casé con otra —dijo él fríamente—, y ésa murió igualmente. Sin embargo, tú debes saber perfectamente una cosa, querida Jackie, o al menos debes haberla adivinado. Yo no maté a ninguna de las dos.

—Lo… lo sé.

—Tampoco pretendo matarte a ti.

—De… déjeme sola, señor Javert. Le prometo que no diré nada a nadie, e incluso si usted quiere le ayudaré a escapar.

—Oh, yo no tengo ninguna necesidad de escapar.

—¿Pues qué busca, señor Javert?

Ahora el que no contestó fue él.

Puso una mano en el hombro derecho de la muchacha.

La muchacha se estremeció. Le costó un esfuerzo terrible hacer que su voz pareciera natural.

—Déjeme, señor Javert.

—¿Por qué he de dejarte? ¿Es esto algo malo?

—He dicho que me deje.

—Me temo que no puedes elegir. O esto o… o puede que ocurran cosas mucho peores para ti.

Jackie se estremeció hasta los mismos huesos. Recordó a las otras mujeres, recordó sus cadáveres, sus caras, sus bocas… Pero todo aquello no tenía sentido. Javert pudo habérsele insinuado cien veces siendo ella una de las secretarias. Y nunca lo había hecho. ¿Por qué ahora, de pronto? ¿Por qué aquel ansia casi viscosa que palpitaba en sus ojos?

Porque ése era otro detalle.

Sus ojos no eran los mismos.

En ellos palpitaba una lucecita cruel, degradada, ardiente, y al mismo tiempo, podrida. Una lucecita que no parecía venir de este mundo.

Y aquella sonrisa.

Aquella sonrisa detrás de la cual estaba un aliento fétido.

Y las arruguitas en la cara. Aquellas arruguitas que daban al

rostro el aspecto de… ¡de un pergamino a punto de romperse!

Mientras todos estos pensamientos azotaban como un huracán la mente de Jackie, ésta permanecía quieta. No tenía otro remedio, puesto que los músculos habían dejado de obedecerle. La respiración le faltaba. Las piernas habían llegado a tal estado de debilidad que no la sostenían.

Las manos del hombre se hicieron más audaces.

Y ella ya no pudo más. De repente se disparó. Los músculos de su cuerpo, que hasta entonces habían estado contenidos, saltaron como ballestas.

Descargó sus manos.

Con odio. Con asco.

Con… ¡CON MIEDO!

Porque el miedo da a veces una terrible fuerza, y la muchacha sentía ahora, de pronto, que sus energías se habían centuplicado. Los dedos abofetearon aquella cara con el vigor de un «*catcher*». Y mientras lo hacía, los ojos de Jackie parecieron salirse de sus órbitas. Temblaron de horror. Las manos siguieron azotando el aire, pero cada vez con menos fuerza, una obsesión parecía dominarlas, como si aquellas manos actuaran con un pensamiento propio: ¡Pegar! ¡Pegar! ¡Pegar!

Pero allí estaba ocurriendo algo espantoso.

La cara de Javert se deshacía.

Saltaba en mil fragmentos diminutos.

En forma de extrañas virutas blandas.

Porque no era una cara normal, hecha de músculos y piel. Era… ¡Era una mascarilla de cera!

Y debajo de ella aparecía… ¡EL MONSTRUO!

¡La piel destruida!

¡Corrompida!

¡Formando mil nudos grotescos, negruzcos, repulsivos! ¡No era la piel de un ser humano! ¡Parecía la piel de un muerto! ¡De un ser del Más Allá!

De pronto, la muchacha dejó de pegar.

Sus fuerzas cedían. La falta de aire en los pulmones la ahogaba. Lanzó un chillido.

Y entonces recordó a las otras mujeres.

Las locas.

Las suicidas en contra de su voluntad.

Las que sufrían accidentes sin nombre.

Lo recordó todo, porque se había convertido en una de ellas, ahora. Porque de pronto todo giraba en torno suyo. Porque ahora nada tenía importancia. ¡Nada! ¡Ni la propia vida ni la propia muerte!

Ella misma se sorprendió al saltar. No supo de dónde había sacado aquellas fuerzas ni cómo había podido empujar al hombre de aquella manera, derribándolo sobre la alfombra. No se dio cuenta de nada, excepto de que había emprendido una especie de vuelo sin sentido. Su cuerpo chocó con la ventana.

La rompió en parte.

Los cristales saltaron hechos pedazos.

Todo el hermoso cuerpo de Jackie dio en el vacío una espectacular y angustiosa vuelta de campana.

La muerte pareció venir hacia ella.

La muerte que es compasiva a veces…

CAPÍTULO VIII

EL CASO DE LA NOVIA CONFUNDIDA

Normalmente, cayendo desde aquella altura, Jackie pudo haberse matado. Tres pisos no son una barbaridad, pero resultan suficientes cuando uno se desploma sobre losas de fría piedra. La sensación que Jackie tuvo, sin poder evitarlo, fue la de que iba a morir.

Sin embargo, algo la detuvo en su camino. Uno de los coches estacionados en la calle sobresalía un poco de la calzada para montar en la acera. Sobre el techo de éste se precipitó aquella escultura de carne joven.

La plancha se hundió en parte, pero Jackie apenas se hizo daño. Perdió el conocimiento tan sólo unos segundos.

Y entonces, como si vinieran desde muy lejos, oyó una serie de gritos.

Eso de que los coches estén en la calle aparcados de cualquier manera resulta, a veces, útil, como por ejemplo ahora. Lo que para Jackie hubiera sido la muerte, sólo significó una serie de magulladuras y un dolor general que le llegaba hasta los huesos. Se dio cuenta de que la gente de la calle, que la conocía, corría en su ayuda frenéticamente.

—¿Pero qué ha pasado?

—¡Cuidado, Jackie!

—¿Es que te has vuelto loca?

Varias manos la sujetaron y la ayudaron a bajar de allí. Un momento después, Jackie estaba en pie, aunque tenía la falda rota, había perdido un zapato y tenía desgarradas las medias. Por supuesto que era lo menos que le podía pasar.

Pero, en cambio, en su rostro sí que pasaba algo.

Su rostro era el de una mujer enloquecida.

Uno de los vecinos balbució, palideciendo:

—¿Pero qué te pasa, Jackie? De verdad… ¿qué te pasa?

Ella señaló espasmódicamente la ventana por la que acababa de saltar.

—Allí hay un… un monstruo —balbució—. Os lo juro: es un monstruo…

Todos los que estaban allí se miraron incrédulos, pero al menos una cosa estaba clara: alguien había intentado atropellar a la chica. Y como en las grandes capitales Tino se encuentra cada vez con más salvajes, todos los amigos de Jackie tomaron una decisión sin necesidad de palabras: arrojarían a aquel tipo por la ventana. Nada de complicaciones legales. Atrapar a aquel fulano… ¡Y abajo! Si esos tipos caen en manos de la justicia, los sueltan y vuelven a delinquir otra vez.

Al menos eran una docena de hombres los que subieron las escaleras atropelladamente. Jackie era muy querida en la vecindad y nadie estaba dispuesto a que se la atropellara en su propia casa. Pero cuando irrumpieron en las habitaciones, éstas se hallaban vacías del todo. No había nadie allí. ¡Nadie!

Buenos conocedores del terreno, los hombres que habían llegado hasta allí bajaron las escaleras de nuevo y corrieron hacia la puerta trasera de la casa, la que daba a un pequeño jardín posterior, pues el edificio aún conservaba el viejo estilo de cuando las calles no estaban tan abigarradas. Era evidente que el fulano, fuese quien fuese, había huido por allí, pero ya no pudieron verle. Se había largado con tanta rapidez que era como si se acabara de esfumar una sombra.

Ya no habría manera de encontrarle.

La calle, en su parte posterior, daba a un par de callejones donde también se amontonaban los coches. Los perseguidores intentaron buscar entre ellos, pero sin resultado.

Cuando volvieron junto a la muchacha, ésta se había repuesto, en parte. Una de las vecinas bisbiseó:

—No puedes estar sola. Ven a dormir a mi casa. Desde allí podrás telefonear a la policía si quieres.

Jackie accedió, pero no fue para telefonear a la policía. A quien llamó fue a Monty, en el hotel cercano a Saint Germain donde se hospedaba. Y mediante aquella llamada, Monty pudo saber una

serie de cosas que no hubiera imaginado jamás.

La primera de ellas que Javert —si es que se llamaba así— había permanecido en París. Él pensaba que estaría muy lejos de la capital, buscando refugio en un sitio donde nadie le conociera.

La segunda, que no era un hombre normal. Era un monstruo que llevaba una mascarilla de cera hábilmente colocada sobre su piel putrefacta. En cuanto a mascarillas de cera se hacen hoy auténticos prodigios, pero aun así, ¿era posible? Un hombre puede hacer que le confundan durante veinte minutos, durante media hora. Pero toda una vida, no. Y Javert había pasado horas en un despacho, había hablado con gente, había sido besado por mujeres. ¿Es que éstas no habían notado que estaban besando una mascarilla de cera?

Otra vez Monty se enfrentaba a lo inexplicable.

Otra vez tenía la sensación de que había traspuesto el umbral del Más Allá.

Jackie terminó su relato con un sollozo. Estaba claro que sus nervios empezaban a hundirse. Dijo quedamente:

—Por favor, Monty… No puedo más.

—¿Te sientes segura dónde estás ahora?

—Sí, aquí, sí.

—En ese caso descansa, Jackie. Necesitas dejar pasar unas horas… Toma un calmante y trata de olvidar. Yo me ocuparé del resto.

—¿Y qué es el resto?

—No lo sé aún —dijo él mientras, se disponía a colgar—. En todo caso hundirme aún más en esta pesadilla.

Y supo entonces que acababa de decir una terrible verdad.

Porque apenas había colgado el teléfono cuando lo notó.

Cuando sintió el cañón de aquel revólver acariciando su nuca.

* * *

El «chask» de aquel auricular al ser colgado se confundió casi con el «chask» del martillo del revólver al alzarse.

Ahora una sola contracción, un parpadeo casi podía enviar la bala mortífera.

Monty sintió una rara tensión en el cuello, como si, de pronto, una corriente de aire frío le subiera por las venas. Pero nada en su

rostro se alteró. Se fue volviendo, poco a poco, mientras mantenía las manos a la vista de su oculto enemigo.

Y entonces pudo distinguirle.

Sus facciones se contrajeron.

Porque allí estaba Javert.

Mirándole con una sonrisa helada.

Apretando ya casi el gatillo.

Enviándole la muerte.

* * *

Monty logró decir con voz tranquila, donde no palpitaba ni el más mínimo temblor:

—Te has recompuesto en un tiempo récord, Javert.

—¿Recomponerme?

—Bueno, tú ya sabes lo que digo. Es admirable…

—No trates de perder el tiempo ni de decir tonterías, maldito hijo de perra. He venido aquí a acabar de una condenada vez.

Pero Monty no se inmutó. Se daba cuenta de la verdadera situación y sabía que no tenía remedio, pese a lo cual logró conservar una impecable sangre fría. Lo primero que hizo fue analizar el revólver y se dio cuenta de que era de los que no suelen fallar. Se trataba de un «Cádix» español, calibre 22, con nueve balas en el cilindro.

Se dio cuenta, también, de que Javert había abierto silenciosamente, pero la puerta volvía a estar cerrada. Cuando disparara, le quedaría tiempo de saltar por la ventana, que daba a unos tejadillos del Barrio Latino. Llegar desde allí a la terraza de un café, donde nadie sería capaz de seguir a nadie, era sólo cuestión de unos instantes. Después de liquidarle, Javert lograría huir a poco que le acompañara la suerte.

Deseando ganar unos instantes a costa de lo que fuera, Monty bisbiseó:

—¿Cómo has podido entrar?

—Sencillamente, diciendo que quería verte. En conserjería me han dado, muy amables, el número de tu habitación.

—¿Y cómo no me han avisado de que subía una visita?

—Tu teléfono comunicaba.

Monty se mordió el labio inferior.

—Es verdad —susurró.

El otro rió quedamente.

Pero su aliento no era fétido.

Era el aliento perfumado de un hombre que sabe moverse por el mundo.

—Acabemos de una vez…

Monty dijo con voz tensa:

—No podrás huir.

—Eso es cuenta mía.

—¿Pero qué pretendes, Javert? ¿Cuál es ese cochino misterio? ¿Por qué mueren todas esas mujeres? ¿Qué buscas?

—Dinero.

—No tiene sentido. Lo que dices es la tontería más grande que he oído. Ninguna de ellas era rica.

—Ése es asunto mío. Ni te lo voy a contar ahora ni voy a perder tiempo contigo. Es un sistema de ganar dinero y nada más. Quizá en el Más Allá lo sepas porque en el Más Allá uno se entera de todo… Pero ahora basta de charla. Adiós, pequeño perro sarnoso, entrometido que va a reventar. Volveremos a encontrarnos en el Valle de Josafat.

Y apretó el gatillo.

No le importó la detonación. Lo debía tener calculado todo, especialmente la ruta de huida. La bala tenía que haber atravesado, de parte a parte, la cabeza de Monty.

Pero éste no era un paralítico.

Ni un novato.

Ni mucho menos un tipo de los que pierden la serenidad.

Había calculado a la perfección los futuros movimientos de su enemigo. Se había dado cuenta de que podía hacer oscilar la cabeza hacia la derecha, en fracciones de segundo. Contando con que Javert no debía ser un experto, había probabilidades de que la bala le rozara la mejilla solamente.

Y así fue. El fogonazo pareció dejarle ciego unos instantes, pero el proyectil pasó a medio milímetro de su piel. Javert apretó el gatillo de nuevo.

Ya no tuvo tiempo.

Entre ambos estaba la mesita donde reposaba el teléfono, y esa mesita había salido disparada por los pies de Monty Javert recibió

el impacto en las rodillas y éstas cedieron. Vaciló hacia atrás mientras la segunda bala partía hacia el aire.

Aquel breve paréntesis bastó para que Monty se levantara de la silla en que había estado hasta entonces. Disparó su pierna derecha.

El impacto en la mano de Javert fue brutal. El revólver que ya había disparado dos balas salió despedido por los aires.

Javert lanzó un grito.

De pronto se sintió perdido.

Los ojos se le salieron de las órbitas. Saltó hacia la pared intentando esquivar el próximo puntapié de Monty.

Lo consiguió, en parte.

Si no llega a conseguirlo, queda cazado en su totalidad. Así sólo quedó cazado en parte.

El impacto le alcanzó en el bajo vientre.

Su cuerpo sufrió un terrible espasmo.

Monty no cejó en el ataque. Ahora lo tenía todo a su favor. Pudo haber usado el revólver y liquidado a Javert, pero no quería exponerse a eso porque necesitaba hacerle hablar. Lo que hizo fue disparar sus dos puños.

Y de qué manera…

Fueron dos impactos capaces de tumbar a un boxeador en un *ring*. Los huesos maxilares de Javert crujieron a punto de partirse.

Todo su cuerpo giró.

Salió despedido contra el lado opuesto de la habitación mientras derribaba una mesa. Monty disparó, entonces, su puño izquierdo.

Le alcanzó de lleno.

Se le llevó por delante parte de la piel de una mejilla.

Y entonces los ojos de Monty se desorbitaron. No podía entenderlo. Sus dientes crujieron mientras hacía un gesto de incomprensión.

Porque la cara de Javert era auténtica.

No se trataba de una mascarilla de cera.

Nada de monstruos. Javert seguía siendo un hombre joven y bien parecido. Pues entonces, ¿qué le había pasado a Jackie? ¿Qué demonios había estado soñando?

Aquella vacilación se notó en sus gestos. Por un instante estuvo detenido, mirando a su enemigo con las facciones contraídas.

Y Javert aprovechó aquella vacilación. Puesto que no podía

luchar contra un enemigo más fuerte que él, saltó hacia la ventana. Por otra parte, estaba aterrado. Dio un salto de atleta hacia la ventana, rompiéndola con el peso de su cuerpo.

Y siguió girando en el aire.

Rodó por un tejadillo de zinc.

Pero si esperaba así librarse de Monty, estaba equivocado. Porque Monty saltó también. Su cuerpo dio una vuelta de campana sobre el tejadillo.

Una pequeña baranda de ladrillos los detuvo a los dos. Javert fue el primero en alzarse, tratando de saltar de nuevo.

Y en cierto modo lo consiguió, pero en contra de su voluntad. El nuevo gancho le hizo volar por los aires. Pasó por encima de la baranda y rodó por otro tejadillo que daba directamente sobre el toldo de la terraza de un café.

Monty le siguió igualmente. Hubiese ido hasta el infierno con tal de no dejarle escapar. Los dos cayeron, de pronto, sobre el toldo.

Y éste se hundió.

La gente que estaba debajo rodó por los suelos. Las mesas fueron volcadas. Se oyeron maldiciones en varios idiomas y bendiciones en varios idiomas también, porque más de una docena de clientes se largaron sin pagar aprovechando el lío. Un policía que estaba en la barra sacó su pistola tratando de imponer orden.

—¡Quietos en nombre de la Ley! ¡La Ley! ¡La Ley!

Tenía las manos alzadas.

Y le robaron la cartera.

Mientras tanto, los dos enemigos rodaban por entre las mesas, por entre los vasos volcados, las botellas rotas. La gente se apartaba de ellos y lanzaba maldiciones. El policía, al que ya no le quedaba ni para tomar el autobús, vino corriendo hacia allí.

—¡Paz! ¡Paz! ¡Haya paz y concordia! ¡Paz!

Y descargó un culatazo contra la cabeza del contendiente que tenía más cerca. Ese contendiente era Monty.

También fue mala pata.

Cayó ahogando una maldición mientras se desplomaba sobre un velador cercano. Javert aprovechó la oportunidad para saltar hacia la calle con una agilidad que minutos antes él mismo no hubiera imaginado.

La gente se arremolinó.

Fue imposible perseguirle.

La confusión se había hecho espantosa.

Un par de gendarmes, al llegar corriendo, la aceleraron aún más. Lo primero que hicieron fue intentar detener al policía que había esgrimido la pistola.

—¡Tú, terrorista!

—¡Cipayo!

El otro fue a sacar la cartera para demostrar que él también era dé la bofia, pero se la habían birlado. Los gendarmes se lo llevaron a rastras acusándole de todo lo que hay en el Código Penal menos de falsificación de moneda. Hasta que el tío aclarase el follón, iba listo.

Monty se levantó pesadamente del suelo. La cabeza le daba vueltas. Con expresión absorta, como si de pronto no supiera dónde estaba, contempló las caras que le rodeaban.

Pero nada de eso tenía importancia para él. Lo único importante era que Javert había huido. Y que no se trataba de un monstruo. Que no llevaba, de ningún modo, una mascarilla de cera.

Pero entonces, ¿por qué se había confundido Jackie?

¿Se había vuelto loca?

¿Qué infiernos le ocurría…?

Capítulo IX

EL CASO DE LA NOVIA ENCAPUCHADA

Fue a la mañana siguiente cuando Monty pudo ver de nuevo a la muchacha. Toda la noche la había tenido que pasar en la Prefectura después del lío del café, y si logró salir con bien fue gracias a la intercesión indirecta de Claudel y la directa del inspector Mattiez. Si éste hizo que le dejaran libre fue porque, en el fondo, le consideraba un pobre loco.

Por descontado que el joven no le dijo lo que sabía de Javert. No le contó el porqué de la pelea ni le habló de la agresión sufrida por Jackie. La única explicación que le dio fue que habían intentado atracarle mientras estaba en el hotel.

Por el momento, pues, estaba libre, pero la muerte le rodeaba. Les rodeaba a los dos. Jackie también había recibido una siniestra visita que hubiera podido significar su fin.

Ella aún parecía aturdida. Había vuelto a su casa porque allí se sentía segura. Los vecinos formaban una especie de guardia invisible y desde puertas y ventanas acechaban silenciosamente, a cualquiera que entraba y salía. Era completamente imposible que Jackie sufriese una agresión de nuevo.

Con la mirada perdida en el vacío, la muchacha susurró:

—Te juro que era un auténtico monstruo. Era horrible…

—¿Tanto que te hizo sentir lo que debían haber sentido las otras mujeres? ¿Tanto que te hizo perder el juicio?

Ella afirmó lentamente:

—Ahora me parece imposible —musitó—, pero entonces sólo pensaba en huir Me arrojé por la ventana sin pensar en los pisos que había hasta la calle. Creo que me hubiese lanzado, sin pensar en nada, incluso a las llamas del infierno.

Monty cerró un momento los ojos mientras pensaba en las otras: una mujer en la vía del tren, otra en el foso de los tigres, otra saliendo despedida por la ventana de un rascacielos. Era como una horrible pesadilla, pero no podía ignorarla.

—Sin embargo, yo me encontré también con Javert y le aticé —dijo, al cabo de unos instantes—. Por poco le rompo los huesos y puedo asegurarte que su cara era de verdad. Nada de mascarillas de cera. Por lo tanto, ¿qué pasa?

Ella vaciló.

—Tiene que haber dos —dijo.

—Bueno… Supongamos, entonces, que hay un Javert auténtico, el que había sido tu jefe, y otro Javert que es un monstruo. Tiene la misma estatura y las mismas dimensiones que el auténtico, pero su rostro parece hecho para una película de horror, Después de muchos ensayos, ese tipo ha podido llegar a aplicarse una mascarilla de cera que le permite despistar durante algunos minutos. Por ejemplo el tiempo de cruzar una calle, presentarse en una reunión a tomar una copa o celebrar una corta entrevista. Eso podemos admitirlo, pero hay dos cosas fundamentales que sigo sin entender.

Ella se había preparado un poco de licor. Lo bebió con cierta avidez, como si realmente necesitara encontrar fuerzas en algún sitio.

—¿Cuáles son? —susurró.

—Una de ellas ésta: en los atropellos a aquellas novias participaron no dos hombres, sino varios. Por lo menos en la que apareció muerta en el Pare de Montsouris. Tengo la sensación de que la que fue emparedada también sufrió algo semejante. Y la bailarina Baleba, la que se quitó la vida en un sórdido W. C. subterráneo. Eso quiere decir que, al menos, hay un tercer hombre. Por lo tanto nos encontramos probablemente ante un grupo.

—¿Pero un grupo de qué, Monty? Es algo incomprensible… ¡Me parece monstruoso!

—Yo tampoco lo sé —murmuró él pasándose la mano por la frente—, porque en mi cerebro se amontonan preguntas que no tienen respuesta. Pero me parece que se trata de un grupo.

—Admitamos eso, Monty. ¿Cuál es la segunda cosa que no entiendes?

—Lo que me dijo Javert. Deseando ganar tiempo, le pregunté qué buscaba con todo esto. Me contestó que era un sistema de ganar dinero.

—Absurdo…

—Eso fue más o menos lo que también pensé yo. No se puede ganar dinero cuando uno tiene que seducir a una chica, deslumbrarla, correr con los gastos de una boda y, además, montar un piso aunque sea por encima. Si añades a eso que la mayoría de las muchachas eran pobres, no veo el negocio por parte alguna.

Jackie asintió lentamente.

—Tienes razón, Monty. ¿Qué infiernos está pasando aquí?

Él paseó un momento por la habitación, con las manos en los bolsillos.

—Si pudiera saberlo… —masculló con rabia—. ¡Si pudiera saberlo…!

—Lo cierto es que debes estar cerca de dar con el nudo de la cuestión —dijo ella.

—¿Por qué?

—Han intentado matarte.

—Sí, Javert ha perdido los nervios, y eso es importante. Pero nadie sabe cuál será su próximo golpe. No puedo estarme encerrado en una habitación, sino que necesito arriesgarme para dar con él.

—No lo hagas, Monty. Olvida esto.

—¿Crees que puedo olvidar después de lo que ha pasado? ¿Piensas que puedo borrar esta pesadilla de mi mente e irme lejos como si no hubiera visto nada?

—Peor es que te borren del planeta, Monty.

—Es un riesgo que hay que correr.

—Que lo corra la policía. Ellos cobran para eso.

—La policía no averiguará nada. Están siguiendo unas pistas rutinarias y que supongo que no se aproximan, ni de lejos, a la verdad. Dentro de poco Javert se les escapará del país.

La muchacha asintió con amargura.

—Me doy cuenta de que ese grupo quizá nos teme más a nosotros que a la policía, Monty. ¿Pero cuál ha de ser nuestro próximo paso? ¿Qué podemos hacer?

Él reflexionó durante unos minutos. La verdad era que no podía dar una respuesta, pero en aquel momento una circunstancia

exterior vino a cortar sus pensamientos. Sonó el teléfono en la habitación.

Monty descolgó. Y reconoció la voz.

—¿Es usted, inspector Mattiez?

—Sí. Sabía que le iba a encontrar ahí.

—¿Qué desea?

—He de hacer una proposición a su novia. Bueno… No sé si usted y Jackie son novios.

—Nos hemos visto en algún lío juntos, pero eso es lo de menos. Abrevie, inspector.

—Usted no me contó nada de lo que le había ocurrido a ella, pero yo tampoco soy idiota. Voy a darle mi opinión personal: usted es una especie de loco que sueña en fantasmas y que cada vez se enreda más en sus propias fantasías, aunque éstas parezcan tener una base. Sin embargo he investigado. Ya le digo que tampoco soy idiota.

—Nadie ha pensado lo contrario, inspector.

—Mejor, mejor… Para lo que a uno le pagan, sólo faltaba que, encima, le consideraran débil mental. He hecho una serie de averiguaciones discretas entre los vecinos de Jackie, y parece que lo que ella les explicó fue esto: una especie de monstruo la atacó. Era un monstruo que, al parecer, se había puesto una mascarilla de cera.

—Usted lo sabe todo, inspector.

—Sé únicamente las cosas que la gente me cuenta cuando le pregunto. Y a lo que iba: puede que ese monstruo sea identificado. Para ello necesito la ayuda de Jackie.

Monty se estremeció de excitación.

Allí podía estar la solución de todo…

—¿Ayuda en qué sentido? —preguntó.

—Debería tratar de identificar a unos cuantos monstruos, en una rueda.

—No me diga… ¿Es que tiene usted una colección?

—¿Por qué me hace esa pregunta tan irónica, Monty? Usted sabe mejor que yo que hay monstruos en todas partes. Monstruos puramente físicos, quiero decir. Gentes que no tienen ninguna culpa de haber caído en cubas de ácido sulfúrico, de haber estado entre las llamas de un incendio o haber sido lanzados por un automóvil

contra la luna de un escaparate cuyos cristales les han penetrado hasta los huesos… Usted sabe que esa clase de accidentes suele dar lugar a elevadas indemnizaciones para la víctima, y que algunas de esas personas no pueden resistir la vida en sociedad, porque todo el mundo las evita o las señala con el dedo. Por lo tanto invierten su dinero en buscar un sitio tranquilo donde haya otros lesionados como ellos.

—Entiendo, inspector.

—En París hay un establecimiento de ésos, donde pueden contarse hasta tres docenas de verdaderos monstruos. Es posible que alguno se haya fugado empleando una mascarilla de cera. Disponen de todo el tiempo que quieren y algunos son unos verdaderos artistas… Como es lógico, no puedo sacarlos y traerlos a la Prefectura para que Jackie los vea allí. En la Prefectura sería muy fácil, ya que hay habitaciones desde las cuales ella podría observar sin ser vista, pero le repito que no puedo detener a ésos hombres. Convendría que me acompañara al sitio donde están ellos.

—Eso depende de Jackie, inspector. Supongo que dará su conformidad. ¿Pero qué garantía tiene ella de que no van a atacarla luego? Piense que estará cara a cara ante esos hombres y que alguno de ellos puede ser el culpable o estar metido en la trama. Viendo a Jackie una vez, ya sabría muy bien a quién tiene que matar.

—Ellos no la verán.

—¿Por qué? ¿También en esa residencia existe alguna habitación desde la que se puede observar por un agujero?

—No, nada de eso. La cosa será sencillísima, puesto que la muchacha llevará una capucha puesta sobre la cabeza. Nadie podrá reconocerla.

—¿Ella va a estar encapuchada?

—Sí. Digamos que su novia va a estar encapuchada.

El joven se mordió el labio inferior.

—Supongo que Jackie aceptará —dijo.

—Propóngaselo. ¿O quiere que hable con ella?

—No se preocupe; seré yo quien se lo diga. Llame dentro de media hora, inspector.

—Perfecto.

Mattiez colgó.

Monty hizo lo propio mientras su rostro palidecía levemente. No sabía qué aconsejar a la muchacha, aunque seguramente Mattiez estaba en lo cierto.

Trató de sonreír.

—No sé si te gustaría convertirte en una especie de fantasma —dijo, mirando a Jackie.

—¿Un fantasma? ¿Por qué?

—Quieren que estés en un determinado sitio con una capucha para que no se te reconozca.

—¿Pero de qué hablas, Monty? ¿Qué te ha propuesto?

Monty tomó asiento frente a ella, le ofreció un cigarrillo y murmuró, tratando de quitar importancia al asunto:

—Escucha…

Capítulo X

EL CASO DE LA NOVIA CONDENADA

El edificio estaba situado a un lado de la ruta que lleva a Versalles, entre las casas caducas de un viejo barrio destinado a desaparecer. Quizá ese edificio al que iban desaparecería también pronto, pero por el momento aún alzaba su fachada roñosa y agrietada junto a un jardín de árboles centenarios. Había un refugio de perros en las cercanías y sus ladridos llenaban la noche. Canes abandonados y hombres olvidados se habían juntado en aquel rincón del mundo que la gente ignoraba, en aquella especie de isla del dolor en la que no se fijaba nadie.

Quizá en el siglo pasado el edificio había sido un centro de la Asistencia Pública que tuvo cierto relieve, pero ahora no pasaba de ser una especie de ruina lacerante que ultrajaba el paisaje. De él se desprendía una sordidez, una tristeza que llegó como un veneno hasta el fondo de los ojos de Jackie.

Ella musitó:

—¿Es esto?

Mattiez, que conducía personalmente el automóvil, se volvió para preguntar:

—¿Le deprime?

—No es que digamos… demasiado alegre.

—Quizá se sentiría usted mejor si Monty hubiese querido venir. ¿Por qué no ha querido acompañarla él?

—No sé. Es extraño.

—Hay muchas cosas extrañas en ese hombre, Jackie.

—¿Qué quiere decir?

—No sabría precisarlo, pero ha estado metido en todos los líos desde que esto empezó a producirse. Parece como si…

Ella musitó ansiosamente:

—¿Qué?

—Parece como si algunos de esos líos los hubiera organizado él. Sí, ya sé lo que va usted a decirme: que no tiene sentido, porque luego trata de averiguar qué es lo que ha ocurrido, pero hay casos psicopáticos muy extraños, ¿comprende? Casos de doble personalidad.

La muchacha negó con la cabeza obstinadamente, no queriendo creer ni una sola de las palabras que estaba escuchando. Pero Mattiez añadió, mientras tomaba suavemente la curva para entrar en el jardín de los árboles centenarios:

—Determinadas personas hacen una cosa, luego no la recuerdan y tienen la sensación de que es otra persona quien las ha hecho. Con todas sus fuerzas luchan contra esa otra persona que les repele, pero que, sin embargo, les fascina también. No necesito decirle cómo termina todo. El manicomio suele ser, al fin y al cabo, la solución más piadosa. Muchos crímenes que parecen inexplicables se explican, en cambio, por esa doble personalidad de algunos asesinos.

Ella, en efecto, estaba asombrada.

E indignada.

Le parecía monstruoso que Mattiez pudiera acusar a Monty, que pudiera sospechar de él aunque fuese en plan puramente especulativo. Todo aquello la llenaba de un frío horror, y con gusto hubiera saltado del coche para alejarse de allí. ¿Cómo podía suponer que Monty tuviese algo que ver con los propios crímenes que descubría?

Pero, al mismo tiempo, un pensamiento no la dejaba vivir: ¿por qué no había querido venir Monty? ¿Qué buscaba? ¿Por qué parecía acechar entre las sombras? ¿Qué razón había para que la dejara sola?

Recordaba una famosa película, Psicosis, en la que el descubridor de los crímenes era el autor de los mismos. Y eso le hacía daño.

No pudo seguir pensando, porque en aquel momento se detenían ya ante la casa. Un hombre alto, delgado, con las facciones muy blancas, acudió a recibirles.

Vestía de negro y sus ropas eran anticuadas y largas. Daba la

sensación de haber salido de un ataúd en el que llevaba años y años. Y esa sensación se veía reforzada por la blancura de su piel, una blancura exagerada, como la de un vampiro.

—Todo está preparado, inspector —dijo.

—¿Cuántos son los hombres?

—Seis.

—Perfecto. No perdamos tiempo.

Pasaron a una gran sala inhóspita y de allí a una habitación un poco más acogedora, donde había una docena de sillas. Debía ser una especie de sala de visitas. Mattiez se dio cuenta de que no había presentado aún al hombre vestido de negro y por eso murmuró, acercándose a la muchacha:

—Este caballero es Clemens, el director del establecimiento. Aquí están recluidas personas que tienen sus facultades perfectas, pero que… digamos… que no pueden hacer vida de sociedad. La gravedad de sus quemaduras o de sus lesiones les convierte en monstruos. Por ello habitan en este lugar de donde no salen nunca, y de donde excepcionalmente pudo haberse escapado el extraño personaje que usted vio. Vamos a ver si hay suerte y puede identificarlo.

Clemens, que tenía una vocecita, meliflua, indicó:

—De las personas que hay aquí yo respondo, porque son hombres honrados que han tenido la desgracia de sufrir accidentes que los han deformado. Pero aún así, es mejor que no la vean a usted, y por esa razón le colocaremos una capucha negra. Alguno de ellos podría enfurecerse si se siente observado por una mujer bonita.

—También me lo habían explicado —dijo Jackie—. No es que la idea me haga demasiado gracia, pero…

Y aceptó los ropajes casi siniestros que Clemens le tendía. No era sólo una capucha, sino un auténtico hábito negro. La capucha tenía dos orificios por los que se podía ver. Jackie pensó que con aquello tendría un aspecto tan fantasmal que le daría angustia mirarse ella misma, pero al fin y al cabo todo terminarla en un par de minutos, de modo que se puso aquello por encima de sus ropas y tomó asiento en una de las sillas. Clemens y Mattiez fueron a sentarse a su lado, pero el director del centro pareció pensarlo mejor y dijo al policía:

—Yo haré pasar por delante de la señorita a cinco hombres entre los que puede estar el que ella vio, aunque ésa sea una suposición remota. Luego me quedaré un momento con ellos charlando aquí, para que pueda verlos todos juntos. La puesta en escena durará tres o cuatro minutos como máximo. Sería muy conveniente, inspector, que usted se pusiera también una capucha parecida a ésta, por si alguien le reconoce y recuerda que es usted un policía. No quiero que los que se encuentran aquí tengan la sensación de que se les está vigilando.

—¿No quiere que tengan esa sensación? Bueno, ¿y qué impresión les causará ver a dos personas con un hábito negro?

—Ninguna. Algunos de los que vienen aquí por primera vez, y que aún tienen complejo de monstruos, lo llevan hasta que se familiarizan con el ambiente. Por lo tanto, no se extrañarán demasiado.

Mattiez hizo un signo afirmativo y salió. Estaba ya en la puerta cuando se volvió para sonreír a Jackie.

—No se asuste usted luego, cuando yo aparezca, ¿eh? No vaya a creer que soy una especie de vampiro…

La muchacha intentó sonreír. Trató de pensar que todo aquello, al fin y al cabo, tenía su parte humorística. Quedó sola unos momentos al desaparecer Clemens y Mattiez casi a la vez. Luego la puerta por la que había desaparecido Clemens, volvió a abrirse.

Y Jackie estuvo a punto de lanzar un grito.

Porque el miedo le penetró hasta la médula de los huesos.

Aun comprendiendo que aquello era injusto, no lo pudo evitar.

Y se alegró de llevar puesta una capucha negra. De otro modo la expresión aterrada de su rostro se hubiera notado tanto que hubiese podido provocar un conflicto con el hombre que acababa de entrar. Éste era un monstruo y lo sabía, pero quizá lo había olvidado ya en parte. En todo caso se hubiera irritado al ver que su aspecto causaba pánico en una mujer bonita ante la que lo estaban exhibiendo.

Las quemaduras deformaban por completo aquellas facciones. Para una película de horror, aquel pobre tipo no hubiera tenido precio. Verlo causaba una indefinible sensación de pesadilla. La muchacha se echó un poco para atrás en su asiento, pero inmediatamente se dio cuenta de que el que estaba ante ella no era

el falso Javert.

El falso Javert era bastante más alto. Por lo tanto, Jackie dejó en seguida de fijarse en aquel hombre que estaba ante ella. Le incomodaba verlo.

Otros cuatro hombres pasaron después. Los cuatro eran casi iguales al primero. Una cosa terrible para Jackie era que los cinco monstruos se parecían extraordinariamente uno al otro, por la sencilla razón de que apenas tenían cara.

Pero algo le decía que ninguno de ellos era el que la atacó. Se fijaba sobre todo en sus cuerpos, que eran más altos, o más anchos, o más delgados, o más macizos que el del falso Javert. Por lo tanto cerró casi los ojos esperando que terminara cuanto antes aquella pesadilla.

Y terminó al fin, al menos en parte.

Ahora los cinco estaban reunidos al fondo de la sala. Hablaban entre ellos sin prestar demasiada atención a la figura de las ropas negras que estaba sentada en la silla, y a la que debían tomar por otro desgraciado que acababa de llegar a aquel lugar de olvido. Clemens entró entonces y participó durante unos instantes en la conversación, al solo objeto de que Jackie pudiera verlos todos juntos y le resultara más fácil la identificación. Luego, clavó sus ojos en la muchacha.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

No había reconocido a nadie.

Pero sus nervios estaban tensos y a punto de estallar. No podía más.

Clemens se acercó.

—¿Es alguno de éstos? —preguntó sigilosamente.

—No.

—Ya lo suponía, pero de todos modos he hecho pasar a los que tienen la cara deformada. Los demás sufren deformaciones corporales y no son los que le interesan a usted. Supongo que ha pasado un mal rato.

—Estaba deseando con toda mi alma que esto ter… terminara.

—Lo comprendo muy bien, y lamento que le hayan proporcionado este mal trago. Pero tranquilícese, porque ahora ya todo ha terminado. El inspector Mattiez se la puede llevar cuando ustedes quieran.

Y señaló hacia un lado de Jackie. Ésta se dio cuenta entonces de que otra figura negra se había situado a su lado, ocupando la silla contigua. Estaba tan absorta y angustiada unos minutos antes, que no la había oído ni entrar. Aquella figura hizo un gesto afirmativo mientras abría las manos con un gesto de resignación. Jackie logró sonreír, aliviada ante la presencia de Mattiez.

Susurró:

—Por favor, vámonos de aquí.

El encapuchado hizo un gesto afirmativo, y tomándola por un brazo la acompañó a la salida de aquella inhóspita sala. Clemens se quedó con los monstruos para tranquilizarles, porque estaban nerviosos, y para conducirlos de nuevo a sus habitaciones. Jackie se encontró entonces en un pasillo que parecía interminable, oscuro, a cuyos lados había puertas cerradas y tristes pinturas que representaban suplicios de santos. La muchacha tuvo en un momento la horrible sensación de que nunca olvidaría aquellas puertas, aquellos cuadros en los que dominaba la idea del dolor y especialmente aquellas luces amarillas, aquellas bombillas polvorientas que apenas disipaban las sombras y que convertían los rincones en nidos de espectros. Al fondo del pasillo había una puerta de doble hoja.

Jackie musitó:

—¿Puedo quitarme ya la capucha?

—Bueno…

Jackie se desprendió de ella. Inmediatamente se sintió aliviada, como si con ese solo gesto se hubiera librado un poco de la atmósfera de pesadilla que la envolvía. En ese momento llegaron a la puerta.

Su acompañante la abrió.

Sombras.

Una especie de luz irreal.

El viento soplando entre los árboles.

La muchacha bisbiseó:

—No creí que esto diera al jardín.

Su acompañante le señaló hacia el fondo, donde había otro edificio, pero éste mucho más lujoso y moderno. Sin duda era un pabellón anexo donde vivía el personal. A cierta distancia había una verja.

Sin duda la salida estaba por allí.

Jackie susurró:

—De acuerdo, pero cuanto antes salgamos mejor. Tengo unas ganas enormes de quitarme esto…

Y señaló el resto del hábito negro que tan extraña hacía su figura, pero no obtuvo ninguna respuesta. Subieron unas escaleras de piedra y atravesaron el umbral de aquel nuevo edificio.

Y que siguió sorprendiéndola, porque todo resultaba muy distinto allí. El edificio que acababan de dejar era frío, triste e inhóspito, como correspondía a un centro que era más o menos de caridad. En cambio este otro en el que estaban ahora daba la sensación de un hotel de lujo. Las paredes estaban decoradas, los suelos aparecían cubiertos por moquetas y los muebles eran modernos y cómodos. Sin duda un decorador había intervenido para hacer la vida más agradable a los que allí habitaban, pero sin embargo la muchacha sintió la misma opresión, la misma angustia. Y no hubiera sabido decir por qué.

¿Era el silencio?

¿Era el hecho de haber entrado allí, cuando en realidad esperaba llegar a la calle?

¿O quizá era la luz cruda y maciza que parecía pesar en el aire?

No lo sabía, pero a Jackie le costaba respirar. Jackie estaba viviendo un momento de angustia, de desolación, mientras sus pasos se hacían cada vez más cortos.

—¿Hay que hacer alguna otra investigación? —dijo.

—Sí.

Y abrió la puerta.

Entonces la muchacha lo vio. Vio la sala lujosa, vio los muebles sólidos, las paredes adornadas con ricos paneles de pintura… Vio también a los seis encapuchados que estaban allí.

A los seis fantasmas negros.

Los seis espectros.

Los que la estaban aguardando.

Jackie se dio cuenta entonces de que un oscuro camino había llegado a su fin. De que estaba ya al final de la senda. Se dio cuenta de que un poco más allá estaba la muerte.

Y de que ella era la víctima.

CAPÍTULO XI

EL CASO DE LA NOVIA DESTROZADA

Sus ojos muy abiertos, sus ojos temerosos, pasearon por encima de aquellas capuchas negras. Y algo le dijo entonces que había caído en la trampa y que el hombre que se encontraba a su lado no era Mattiez. Violentamente la muchacha se volvió.

Y arrancó la capucha de aquel hombre. La envió por los aires con una rabia que sólo podía estar dictada por el miedo.

Su corazón pareció paralizarse.

Porque ahora lo vio con toda claridad. Porque el hombre que estaba a su lado, el que la había traído hasta allí… ¡era el mismo que se había hecho pasar por Javert! ¡El de la mascarilla de cera!

Jackie intentó saltar con todas sus fuerzas.

Intentó huir mientras sus piernas se doblaban, mientras sus dedos arañaban el aire.

Pero los encapuchados habían caído ya sobre ella. Manos ansiosas habían caído sobre su boca. Manos ásperas, rugosas, miserables. Manos monstruosas. Manos que eran humanas pero en las que, sin embargo, había algo que repelía y ahogaba.

Las capuchas habían saltado.

Y veía los monstruos ante ella.

Caras deformadas, labios partidos, ojos hundidos en extrañas bolsas, dientes sueltos que parecían colgar en las bocas destrozadas, nudos de piel que deformaban cualquier rostro…

Sólo una cara era normal, pero ésa fue paradójicamente la que la asustó más. Porque esa cara era la de… ¡Javert!

Ella, mientras caía al suelo sin fuerzas, rodeada por todos aquellos fantasmas, gimió aferrándose a una última esperanza:

—El inspector Mattiez… El inspector Mattiez vendrá a

salvarme…

—No lo creas. No podrá venir. Ha recibido un golpe en la nuca cuando salía y está atado y amordazado. No puede moverse, pero además, dentro de poco, lo haremos desaparecer en el Sena, de modo que nunca más volverá a saberse de él —contestó el encapuchado que la había traído hasta allí.

—Pero Clemens… Clemens sabe que estoy aquí…

—No, no lo sabe —contestó el mismo monstruo—. Tampoco lo sabe. Él creía, realmente, cuando nos ha visto salir, que yo era Mattiez. Piensa que ya debemos estar lejos y, por lo tanto, no nos buscará. Aquí tampoco entra sin permiso. Por lo tanto es como si estuviéramos en una isla desierta.

—Pero esto… ¿qué es? ¿Por qué vivís aquí?

—Ésta es una residencia de leprosos.

—¿Le… pro… sos?

De pronto, la muchacha comprendió. Una especie de luz siniestra se hizo en su cerebro. Estaba muy claro: ¡leprosos! Lo que ella había tomado por quemaduras eran las huellas, en su estado avanzado, de una de las enfermedades más crueles del mundo. Ese error se explicaba perfectamente porque ella, hasta entonces, no había visto a un leproso jamás.

—Todos éstos —dijo Javert, tomando entonces la palabra con una calma glacial— son leprosos ricos, leprosos millonarios que han llegado de diversas partes del mundo. No, no creas que sólo los pobres pueden tener esa enfermedad. La inmensa mayoría de los que la sufren son unos pobres parias, pero hay algunas personas de inmensa fortuna que también la han adquirido, por ejemplo en viajes de placer a las islas de Oriente. En ese caso el tratamiento es muy distinto para un pobre y un rico. Varía como el día y la noche.

Ella escuchaba todo aquello entre aterrada y fascinada. Miraba a los monstruos sin comprender aún todo aquel horror. Fue Javert, el único hombre completamente sano del grupo, quien continuó:

—Los pobres son llevados a lazaretos o a instituciones más o menos caritativas donde se les atiende. Los ricos reciben excelentes tratamientos, están internados en clínicas y muchos de ellos llegan a sanar. Pero otros, por desgracia para ellos, no lo consiguen, y entonces la enfermedad va avanzando implacable, hasta convertirlos en unos verdaderos monstruos. ¿Qué hacer?

—Supongo —dijo entonces Jackie, empezando a comprender— que hay residencias… como ésta.

Jackie lo comprendió más aún. Estaba completamente perdida. Habían acertado al decir lo de la «isla desierta» porque nadie… ¡nadie!… entrarla allí para salvarla.

—Pero entonces… —añadió angustiosamente, tratando de ganar tiempo—, ¿cuál es vuestro problema? ¿Qué pasa?

—Las necesidades materiales de todos esos hombres que tienen dinero para derrochar —musitó Javert—, están perfectamente atendidas menos en un punto. Y conforme sus cuerpos se van destrozando, ese punto es cada vez más difícil de resolver.

Jackie, aterrorizada, presintió que algo turbio se ocultaba tras las palabras de Javert.

—¿Y cuál es ese punto? —balbució, aterrorizada.

—Algunos de estos hombres sólo tienen treinta años y, aparte esa enfermedad, gozan de excelente salud, están muy descansados y tiene todo el día para pensar. No resulta, pues, nada extraño que tengan anhelos muy propios de un hombre normal. Desean amar y ser amados; dar cariño, ternura y recibirlos a cambio, pero atender sus deseos; en estas condiciones, puesto que además no pueden ir por la calle, resulta terriblemente difícil.

Jackie sintió que todos sus músculos temblaban cuando balbució:

—Y te encargaron de eso a ti…

—Sí —reconoció Javert tranquilamente—. Yo era un cualquiera, un muerto de hambre, y acepté este trabajo como podía haber aceptado cualquier otro. No resultaba tan difícil encontrar desgraciadas o cortas de vista que se avinieran a fingir con estos hombres lo que no sentían a cambio de una magnífica paga. Pero las cosas se fueron complicando por dos razones: hasta las mujeres se hartaron y se asustaron. Yo me ganaba fantásticamente la vida con eso, pero las dificultades aumentaban de una manera casi insuperable. Al fin llegamos a un acuerdo: puesto que ya no podía hallar mujeres blancas, trataría de contratar mujeres negras.

—Fue la época en que tuviste «negocios» en África del Sur y Rhodesia, ¿no? —balbució ella, con una mueca de asco.

—Eso es. En África del Sur y Rhodesia, la mujer negra es poco más que una perra callejera y acepta cualquier cosa que le permita

mejorar de fortuna. Por otra parte, no tiene tanto miedo al contagio como la blanca. La lepra, afortunadamente, es una de las enfermedades menos contagiosas que existen, pero eso vete a explicárselo a una mujer de París o de Berlín. Durante un tiempo todo fue bien, hasta que empecé a tener problemas para traer tantas negras a Francia, porque la policía ya sospechaba. Entonces llegué a una segunda fase: creé una especie de *ballet* con el que las mujeres que contrataba podían desplazarse allí donde quisieran.

—Muy ingenioso, Javert… Muy ingenioso y muy asqueroso al mismo tiempo, ¿no? Pero supongo que la policía acabó sospechando también. Y que el suicidio de aquella pobre muchacha llamada Baleba acabó de complicarlo, de hundirlo todo, ¿no es así?

—Cierto, acabó de complicarlo todo —reconoció Javert encogiéndose de hombros con indiferencia.

La muchacha no sabía qué era lo que sentía realmente, además de miedo: si asco o compasión. Si odio hacia aquellos monstruos o piedad por sus vidas destrozadas que no podían hacer llevaderas sino mediante el engaño y, en parte, mediante el crimen.

—Entonces ideaste lo de tus «matrimonios», ¿no?

—Sí —reconoció Javert—. Eso siempre ocurre: cuando uno empieza una carrera de delitos, no sabe nunca dónde terminará. Me quedaba un camino para satisfacer las cada vez mayores exigencias de mis «amigos», que además me pagaban cada vez mejor. Gracias a su dinero pude vivir como un pachá, pero además fundé en diversos países, como Francia, Irlanda y Gran Bretaña, negocios con nombres supuestos. Los negocios iban bien y me proporcionaban una no desdeñable fuente de ingresos. Tenía el camino libre para casarme.

—¿«Casarte»?

—Con documentos falsos, por supuesto, y con un nombre distinto cada vez. Eso resultaba facilísimo. Encontrar chicas que quisieran casarse legítimamente con un hombre guapo y joven era cosa de risa. Una vez hecho esto, yo ya tenía dispuesto un lugar discreto, aislado, donde a la chica no la oyera nadie. Y mis clientes iban allí…

Jackie se estremeció de horror.

Tuvo una náusea.

—¡Canalla!

—No, no hace falta que te excites tanto. Realmente no estaba

previsto que las cosas acabaran tan mal. Yo suponía que las chicas serían comprensivas después de aquello, y que con una razonable indemnización, accederían a estarse calladas.

—Pero esos monstruos… ¿cómo podían ir a Londres o Dublín, o a París, si no pueden salir a la calle?

—Pueden salir a la calle con delicadas mascarillas de cera que han aprendido a hacer —explicó Javert—. Tú misma lo has visto. Un viaje aéreo París-Londres dura menos de hora y media, de modo que no tienen tiempo de llamar la atención, sobre todo si viajan en aviones distintos. Lo malo fue que aquellas mujeres no resultaron comprensivas. Se asustaron… Se asustaron tanto que una de ellas, al escapar de Dublín, fue arrollada por un tren. Otra que estaba en Londres salió despedida por una ventana. No, no fuimos nosotros… Fueron ellas, empujadas por el miedo. La que apareció en el Pare de Montsouris había muerto de horror… ¿Qué se le iba a hacer? —Murmuró Javert con brutal indiferencia—. Hubo una, en cambio, que sí que se puso idiota. La que hubo que emparedar en su casa… Además había averiguado que yo usaba el nombre de un difunto. Resultaba demasiado peligrosa.

La muchacha tuvo un espasmo de asco, una nausea, una violenta contracción de todo su hermoso cuerpo porque aquellas muertas, aquellos alucinantes sucesos, aquellas falsedades (ni siquiera sabía quién era realmente Javert, pues éste llevaba el nombre de un difunto) la dejaban sin fuerzas, sin alma y sin energías ni para defenderse. Era la sensación más terrible, más angustiosa, que había tenido en su vida.

Se daba cuenta, sin embargo, de cuál iba a ser su terrible suerte. Comprendía que no saldría viva de allí, puesto que sabía demasiado. Estaba tan condenada a muerte como Mattiez.

Una puerta se había abierto.

En silencio.

Siniestramente.

Como deben abrirse las puertas de los panteones.

Pero más allá no había sarcófagos, no había telarañas, no había olvido. Se distinguían por el contrario, unos muebles de primera categoría. Jackie comprendió lo que iba a suceder.

Intentó gritar con todas sus fuerzas.

Todo su cuerpo se contrajo.

Brincó desesperadamente en el aire.
Sus ojos desorbitados parecieron saltar de su rostro.
Pero las manos habían caído ya nuevamente sobre ella.
La muchacha fue arrastrada hacia la habitación maldita.
Hacia su fin, hacia su destrucción.
Hacia el sitio donde le esperaba algo peor que la tumba.

Capítulo XII

EL CASO DE LA NOVIA AGRADECIDA

Jackie notó que su cuerpo resbalaba por la moqueta. Notó también que era izado. Sufrió un terrible espasmo y estuvo a punto de perder el sentido.

Jackie no podía ni morder las manos que le tapaban la boca porque hasta de eso tenía asco. Se convulsionó. Su garganta se llenó de sabor a sangre.

Y entonces la puerta volvió a abrirse. Entonces Jackie alzó la cabeza, dándose cuenta de que alguien acababa de entrar. ¿Otro monstruo que quería participar en el macabro festín? ¿Otro fantasma…?

Pero todo su cuerpo vibró entonces. Sus ojos parecieron saltar de las órbitas. Dio la sensación de que los músculos se le romperían a causa de la tensión insoportable.

Porque allí estaba… ¡MONTY!

Porqué allí estaba el único que podía salvarla… El que debía haber estado acechando hasta entonces para conocer la horrible verdad… ¡El que por eso no la había acompañado!

Las manos de todos aquellos monstruos se crisparon. Todavía vestidos de negro, todavía convertidos en unos espectros, giraron hacia la puerta. De sus bocas deshechas, entreabiertas, macabras, brotó un mismo gruñido de decepción y de odio.

Pero el único que reaccionó fue Javert. Porque Javert sabía lo que se jugaba, y además en Francia no está prohibida la pena de muerte. Iba a ir de cabeza a la guillotina en cuanto se probara lo que había hecho.

Para los otros iba a quedar el horror de sus vidas sin sentido, iba a quedar el vacío más espantoso, iba a quedar sobre sus espaldas

una insoportable pena de treinta años. Pero Javert no. Javert sabía que se jugaba la piel. Con un movimiento centelleante extrajo el revólver que llevaba en su funda sobaquera.

Y por un momento pareció que iba a cazar a Monty. Dio la sensación de que iba a ser más rápido que él. La muchacha lanzó un gemido de horror.

Pero Monty había disparado desde uno de los bolsillos de su americana, donde llevaba el revólver. La bala perforó la tela mientras ésta parecía quemarse. Pero perforó también algo más: la frente del falso Javert, en la que se dibujó una macabra nube roja. Aquella cabeza en la que había germinado la semilla del mal. Aquel cerebro donde, a partir de entonces, sólo imperaría el vacío de la muerte.

—He liberado a Mattiez —dijo secamente el joven—, y ésta es su arma reglamentaría. Más vale que nadie se mueva o la usaré sin contemplaciones, malditos hijos de perra…

No, nadie se movió.

Todos miraban, como hipnotizados, al falso Javert.

Todos sabían que estaban irremediablemente perdidos. Que algo muy importante de sus vidas había llegado al fin.

Ahora inspiraban compasión. Sólo eso.

Eran como un saco de carroña que uno no sabe dónde lanzar. Eran carne torturada y maloliente. Eran ya unos presidiarios que jamás saldrían vivos desde detrás de las rejas.

Para ellos sí que había llegado el fin.

Porque Mattiez había avisado ya a sus subordinados. Porque sonaban a lo lejos los pitidos casi angustiosos de los coches de la policía.

Toda la noche parecía haberse llenado de ellos.

El horror se evaporaba, se deshacía.

La luz irreal se convertía en una luz más dulce y más humana.

La muchacha avanzó como una borracha hacia Monty. Cayó llorando en sus brazos.

Pero sus lágrimas eran de gratitud, de ternura, d& ansia. Eran las lágrimas de una mujer que empieza a vivir. Monty la sacó de allí poco a poco.

Sabía que a aquella chica, después de lo que acababa de ocurrir, había que prepararle un futuro muy distinto a los horrores vividos.

Un futuro en el cual él sería parte principalísima…

FIN



Silver Kane, seudónimo de Francisco González Ledesma (Barcelona, 1927-2015)
fue un abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a Sombras viejas. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en El Correo Catalán y, más tarde, en La Vanguardia, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica Los Napoleones y en 1983, El expediente Barcelona, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece

por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con Crónica sentimental en rojo y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Con el seudónimo de Enrique Moriel ha publicado La ciudad sin tiempo (2007) y El candidato de Dios (2008).